JULIÁN MOYRÓN

LA CABECERA DEL RASTRO

O

CRIMEN Y CASTIGO

MELODRAMA

en cinco actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

La cabecera del Rastro o Crimen y castigo

LA CABECERA DEL RASTRO

ó

CRIMEN Y CASTIGO

MELODRAMA

en cinco actos y en prosa

ORIGINAL DE

JULIÁN MOYRÓN

Estrenado en el TEATRO ALVAREZ QUINTERO el día 7 de Abril de 1917



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA SEÑORA MICAELA........	Victoria Grajera.
NIEVES..........................	Nieves Barbero.
PETRA...........................	Engracia Barbero.
DOÑA SOLEDAD................	María Luisa Fernani.
SEÑORA ANTONIA............	Pilar Cárcamo.
ESTANISLAO...................	Nicanor F. Brochado.
SEÑOR ALFONSO..............	Alfredo Barbero.
ROMÁN..........................	Joaquín García León.
SEÑOR IGNACIO..............	Arturo Navarro.
SEÑOR GREGORIO...........	
EL JUEZ DE GUARDIA.......	Francisco Royo.
UN FORENSE.................	
EL ESCRIBANO...............	Enrique Cazorla.
EL ALGUACIL..................	Francisco Navarrete.
UN PRACTICANTE...........	
EL DOCTOR...................	Edmundo Barbero.
EL SERENO...................	
EL ABOGADO DEFENSOR....	
UN PORTERO.................	Manuel Nogales.
EL AYUDANTE............... ..	Antonio Candales.
EL PRESIDENTE DE LA SALA..	Manuel Serrano.
EL FISCAL.....................	Francisco Navarrete.
UN COMPRADOR.............	Telesforo G. Guindal.
GUARDIA 1.º..................	

Guardia 2.º, un fotógrafo, reporters 1.º y 2.º, el relator, un ujier, dos magistrados, varios jurados y público

ACTO PRIMERO

La Plaza del Rastro. Puestos en primero y segundo término derecha y en primero izquierda. Al foro la estatua de Eloy Gonzalo y perspectiva a todo foro. En el puesto del primer término derecha, propiedad de la señora Micaela, se venden libros, y en el segundo, prcpiedad del señor Gregorio, se vende de todo. El de la izquierda, propiedad del señor Estanislao, es análogo al últimamente citado.

ESCENA PRIMERA

NIEVES, medio tirada en el suelo en la parte anterior del puesto de primer término derecha, lee una novela. El SEÑOR ALFONSO pinta con tinta unas rayas negras en un pantalón blanco, y el SEÑOR GREGORIO arregla con mucho interés una mesa de las llamadas camillas

Nieves (Leyendo.) «El criminal nada entre la sangre de sus víctimas, gozándose en su sanguinolenta obra. La cocina, escenario sangriento del suceso, presentaba un aspecto por demás macabro y conmovedor.» (Volviendo la hoja.) ¡Mi madre! (Leyendo.) «Mirad en torno vuestro: ¿Qué veis? No veréis más que cabezas sueltas. Los troncos han desaparecido en la lumbre c'arde en la chimenea. (Sobrecogiéndose de terror) Aquella cabeza que se ve junto a la artesa es la de la primera *víztima;* detrás está la de su anciana y desgraciada señora madre. El terror os hace cerrar los ojos; no importa, cerradlos; pero ved la cabeza:

con un ojo, paece mirar al criminal; con otro, contempla la de su anciana señora madre; con el otro mira hacia el cielo como si esperara la llegada de la justicia. Y en tan y mientras tanto el criminal que saborea su triunfo, ¿ande se encuentra? En este momento se encuentra muy cerca de nuestros lectores» (Tirando el libro y dando un grito espantoso.) ¡Ay!

Alf. Pero ¡chica!

Nieves ¡Ay, ustés disimulen!

Alf. ¡Rediez con las novelitas! Nos das ca susto que!... Y es que se compenetra de tal modo con la novela que lee, que se adjudica el carácter del protagonsta. (A Gregorio.) ¿Ve usté este chichón? Pues es del saludo que me hizo un día que estaba leyendo la batalla de San Quintín.

Greg. ¿Y el señor Estanislao, ande se mete estos días que apenas si se le ve por el puesto?

Alf. Atareao con eso de la boda.

Greg. La verdad es que van a hacer una pareja... Porque la señá Micaela está de non.

Alf. Pues, ¿y mi amo?

Nieves Es verdad; a güeno no le gana al señor Estanislao, ni la esposa mártir. Y en lo respective a querer a mi ama, es un calco de Don Diego de Mansilla. Dios le haiga perdonao. La quiere con frenesí.

Alf. ¿Quererla?... Quererla es poco... Pá él no es la señá Micaela, es santa señá Micaela. Ayer estaba yo tapando con tinta los rotos a un gabán cuando se queda el señor Estanislao mirando a la señá Micaela, y va y dice, como él dice las cosas, que paece un libro: «Así me pasaría yo la vida, contemplándola y sin echar de menos ná.» Pero dicho de una manera que ella, que le iba a contestar sonriendo, rompió a llorar de afeztada, y yo, que iba a llorar, rompi a reir sin saber lo que m'hacía.

Nieves Es verdad; se quién más que Daoiz y Velarde Porque él estará loco por ella, pero ella está hecha una Doña Juana la trastorná por él. Calculen ustés, y que no se sepa, que ayer rezando el Rosario recemos un Ave María al Señor dándole las más expresivas gracias por haberla dejao viuda. Ya ven ustés,

casi cometimos un asesinato verbalmente. Ahora, que luego recemos otra Ave María pidiéndole perdón al Señor por la barbaridad que habíamos cometido.

(El señor Alfonso sale de su puesto para sacudir un gabán y lo echa a los pies de Micaela, que sale.

ESCENA II

DICHOS y la SEÑORA MICAELA

Alf. Paso a la mujer mas buena de tóo el globo terráqueo.

Mic. Diga usté a la más feliz y habrá usté acertao. (A Nieves.) ¿Ha venido hoy ese hombre por aquí?

Nieves No, señora; ni creo que vuelva después de lo que le dijo usted ayer.

Mic. Dios lo quiera. Ese hombre me da miedo, Nieves.

Greg. Y qué, señá Micaela, ¿viene su padre por fin a la boda?

Mic. Sí, señor; hoy le esperamos. Calcule usté, diez años sin vernos.

Alf. Pues como no se den ustés el santo y seña no se van a conocer. (Aparece Román por el foro.)

Nieves ¡Ay, señá Micaela, misté quién está allí!

Mic. ¡Dios mío, ese hombre otra vez!

ESCENA III

DICHOS y ROMÁN

Román (Si arreglo este asunto he resuelto mi vida pa siempre.)

Mic. Hija, ponte a leer cualquier cosa y como si no nos hablara, que si Estanislao se enterase no sé lo que iba a ocurrir. (Se pone cada una a leer un libro.)

Román Buenos días.

Nieves (Leyendo.) «La Condesa se encontraba en su budoire terminando su canastillo, pues iba a ser madre de un momento a otro, cuando se presentó el señor Barón. Buenos días, Condesa—dijo el Barón.»

Román Buenos días.

Nieves «La Condesa le miró de hito en hito y no contestó. Hubo una pausa. El Barón repitió: Buenos días.»

Román He dicho buenos días.

Nieves «Tampoco le contestó la Condesa. El se quedó asorto y pensó: Por lo visto no me contestan. El Barón no se equivocaba, pero no s'iba.»

Román (No es tan fácil esto como yo suponía.)

Nieves (Al volver la hoja.) (Ná, pues hace lo que el Barón, que no se va. Debe de ser de su familia.)

Román Por lo visto es interesante la novela que está usté leyendo.

Nieves (Leyendo.) «El Barón, que era muy flemático, se puso a hojear el *Blanco y Negro*, y a la vez que contemplaba a la Condesa, miraba unos cuadros que había detrás. La situación era por demás embarazosa pa los dos personajes, pero más embarazosa pa la condesa. Hasta que por fin ésta se levantó, e indireztamente, y señalándole la puerta, le dijo: Barón, u se va usté u me voy yo, que aquí está usté estorbando.» (¡Toma!)

Román ¿Eh?

Mic. Eso...

Nieves «El Barón no se fué...» (Y este tío tampoco.)

Mic. Que está usté estorbando. Ya se lo dije a usté ayer. Y hoy le pido a usté por favor que no vuelva más por aquí, porque pué usté dar lugar a un disgusto...

Román ¿A un disgusto?... ¿Por qué?...

Nieves Porque está pa casarse con un hombre por el cual está loca perdía, na más que por eso.

Román (¡Maldita sea!) ¿Usté?

Mic. Sí, yo. Y como nadie le ha llamao, ni na se le ha perdío en mi puesto, haga usté el favor de marcharse.

Román ¿Y quién es ese afortunao?...

Mic. Eso a usté no le importa. Con que acabemos. ¿Se va usted?... (Levantándose resueltamente.)

Román ¡Ca! Voy a esperarle, pa tener el gusto de conocerle.

Mic. Señor Gregorio, écheme usted un ojo al puesto, que voy pa casa pa ver si ha venido mi padre. Veremos si así se va, porque este

hombre, Nieves, me da cada vez más miedo. (Aparte a Nieves.)

Nieves Como que tié una cara de criminal que asusta. (Vanse por el foro.)

Alf. (Olé, así se hace. Esta mujer no tié precio. La virtud romana más esagerá compará con ella resulta un pingo.) Señor Gregorio, écheme usté el otro ojo al puesto que voy por tinta que se me ha acabao. (Vase. Román queda mirando fijamente por donde hicieron mutis Nieves y Micaela, y de pronto se dirige, muy de prisa, a seguirlas, siendo detenido por Petra, que sale por el foro.)

Román Yo no dejo esto aunque tenga que matarme con el otro, sea el que sea.

ESCENA IV

EL SEÑOR GREGORIO, ROMAN y PETRA

Petra ¡Por fin!

Román ¿Eh?... ¿Quién?... ¡Tú! (¡Al fin me ha encontrao!)

Petra ¡Ya era hora de verte, hombre. ¿Dónde te metes? ¿No me esperabas?

Román (Después de dudar unos momentos.) Mira, Petra, seamos claros; yo ya estoy cansao de disimular y no quiero más rodeos. Todo se acaba en el mundo y esto también se acabó. De modo que ni me celes más ni te pongas pesada, porque he decidido acabar esto pa siempre.

Petra ¿Qué dices?... ¿Qué has dicho, Román? Pues oye, y piénsalo bien. Tú eres todo pa mí: mi cariño, mi alegría, lo único que me queda en el mundo. A ti solo te tengo...

Román No, Petra, no; aquello acabó pa siempre. Creo que al fin he encontrao lo que me conviene.

Petra ¿En cariño?

Román En posición. Ya ha pasao uno de la edad de las ilusiones.

Petra Pues entonces, ¿pa qué te las haces?

Román ¡Qué mala eres!

Petra Por parecerme a ti. Y anda, no seas tonto; si sabes que no pué ser, ¿a qué te metes en aventuras matrimoniales? (Pausa.) ¿No sabes

que nosotros estamos unidos para siempre con una cadena más fuerte que la del matrimonio?

Román ¡Calla!

Petra Pues no me hagas hablar. ¿Vamos? (Pausa.) Román, vamos. (Amenazadora.)

Román Vamos. (Pero, ¡míralas! No sé cómo, pero esta vez no te sales con la tuya. He dicho que me caso con esa mujer porque me conviene y me casaré por encima del mundo entero.)

Petra ¿Qué dices?

Román (Sombriamente.) Nada.

Petra Pues no te olvides de que con tal de vengarme soy capaz de tó. (Vanse.)

ESCENA V

EL SEÑOR GREGORIO y DOÑA SOLEDAD, que sale misteriosamente como si buscara a alguien

Sol. (Después de mirar por todas partes.) ¿Me hace usted el favor de decirme si tiene un puesto por aquí un tal don Manuel?

Greg. (¡Lío!) Manuel... Manuel... Por aquí, que yo sepa, no, señora.

Sol. (Habrán sido figuraciones mías.) Pues usted perdone. (Vase.)

Greg. ¡Menuda pájara! Cualquiera le da el trigo que necesita. ¿Y quién será ese Manuel?...

ESCENA VI

EL SEÑOR GREGORIO, el SEÑOR ESTANISLAO y el SEÑOR ALFONSO

Sale Estanislao, y con mucha calma se dispone a subirse los pantalones en medio del proscenio

Greg. Señor Estanislao, ¡dichos los ojos!

Alf. (Saliendo y mirándole embobado.) Mírele usted, señor Gregorio: se le caen de bueno.

Est. Se me caen porque me están anchos, señor Alfonso.

Greg. (Saliendo fuera del puesto para recrearse en la mesa.) Santas y buenas, señor Estanislao. (Por la mesa y para sí.) Va a quedar mejor que nueva.

Alf. (A este hombre le vemos en el Almanaque: San Estanislao, trapero, vírgen y mártir.)

Est. (Sentándose en una silla delante de su puesto y disponiéndose a liar un pitillo.) Buen día de sol. Razón tiene aquel que dijo que el sol sale a diario para todos.

Alf. Menos cuando llueve, señor Estanislao.

Est. Es un símil, señor Alfonso.

Alf. ¡Ah! ¿Es un *sibil?* (Enterao.)

Greg. (Mirando a Estanislao) Esa sentencia quié decir mucho, señor Estanislao.

Est. Ni mucho ni poco, señor Gregorio. Pero por algo Dios es Dios y nos deja a los hombres la memoria para recordar lo bueno, y no sé qué hace pa que olvidemos lo malo.

Alf. (¡Tiene un pico de oro!)

Greg. (Acercándose.) Con usté, señor Estanislao, me pasa a mí lo que con los cuadros antiguos: que cuanto más los miro menos los entiendo, aún que un no sé qué me dice que son buenos.

Est. ¿Y eso por qué es?

Alf. Porque tié usté una sonrisa, señor Estanislao, que lo mismo pué ser de la felicidad que le rebosa, que una tapadera pa que no le rebose la pena.

Est. Hay un poco de todo, señor Alfonso. (Levantándose.) Las penas me enseñaron a vivir, y la vida del sufrir me dijo que no ría mucho una alegría, pues detrás ha de seguirle una pena; ni llore mucho una desgracia, pues a una desgracia otra le sigue, y cuando menos se espera aparece una alegría. Y como sé eso, me acomodé ni a reir mucho ni a dolerme demasiao, pues en la vida nunca hay motivos ni pa una cosa ni pa otra.

Alf. (Sigo en mis trece, es un Conde de Montecristo disfrazao.)

Greg. ¿Y cuándo es la boda?

Est. Cuanto antes, mejor; que un día que se pierda a nuestra edad, es mucho tiempo. Esperamos a que venga el padre de Micaela, pa que conozca al novio.

Alf. ¡Arrea! Deme usté un capón, pero de esos de Nochebuena, cebaos, porque soy un asno.

Est. ¿Pues qué pasa, señor Alfonso?

Alf. Que me había olvidao decir a usté que vino

ayer el señor Tomás, pa que se pase usté deseguida por el Ministerio de Estao, pues tié que hablarle a usté de un asunto muy interesante.

Est. ¿Del Ministerio de Estao?...

Alf. Pué que sea pa alguna herencia.

Est. Pué ser... En fin, allá nos lo dirán. Dígale usté a la señá Micaela dónde he ido, y si viniera su padre cierra usté el puesto y...

Alf. Descuide usted, señor Estanislao, que se harán los honores.

Est. Hasta ahora. (Vase.)

Greg. Vaya usté con Dios.

Alf. Que me pongan a la mayonesa con escarola y huevos cocidos si entiendo al señor Estanislao.

Greg. Ni nadie.

Alf. Es más misterioso que un folletín.

Greg. Pero muy bueno.

Alf. Es un folletín de *La Semana Católica*, eso sí.

ESCENA VII

El SEÑOR GREGORIO, el SEÑOR ALFONSO, MICAELA, y en seguida el SEÑOR IGNACIO. Al final, UN COMPRADOR

Mic. (¿Se habrá ido ya? ¡Gracias a Dios! ¡Que no vuelva más, Dios mío!)

Greg. ¿Qué, vino su padre, señá Micaela?

Ign. (Por el foro.) ¡Micaela!

Mic. ¡Ay, mi padre!

Ign. ¡Hija!

Mic. ¡Padre! (Se abrazan.)

Alf. ¡Vaya una escena!

Ign. ¡Hija, Micaela, hija mía! Aprieta firme hasta que pierda el resuello, porra.

Mic. Diez años, padre. diez años sin vernos. (Separándose de los brazos de su padre.)

Ign. Sí, hija, sí; tienes razón. Y tó por una cabezoná. Yo, que a vivir en el pueblo; tú, que a vivir en Madrid... Y los dos nos salimos con la nuestra.

Alf. (Vaya un par de cabezotas.)

Ign. Pero, ¡ea!, ya se acabó tó. ¡Porra, reporra con los sarmientos! Pero, hija, qué guapetona estás, y qué bien así... qué bien ajamoná.

¡Porra! ¿Quién dice que tié cuarenta años? (Dirigiéndose al señor Alfonso.)

Mic. ¡Padre! (Reconviniéndole.)

Alf. (La has matao. Pues no se quita más que diez.)

Mic. ¿Y es verdad, padre, que no me ha visto usté ni una vez tan siquiera en estos diez años? (Maliciosamente.)

Ign. (Confuso.) Ni una vez, ¡porra!

Alf. ¡Que sí que la ha visto, que sí que la ha visto!

Mic. ¡Quite usté allá! Yo que me asomo un dia al balcón y me veo a uno en la esquina que no hacía más que mirarme...

Alf. ¿Y era su padre? (Acercándose con el señor Gregorio.)

Mic. Verá usté. Con que al ver que me miraba así, me fijo un poco, y siento una cosa... y me digo: ¡pero si es mi padre! Conque salgo corriendo, llego a la esquina...

Ign. Y ya me había marchao. Y así hacía tós los meses. Pero no quería que lo supieras, no fuás a creerte que no tenía reaños pa salirme con la mía. Que reaños sí que tengo; lo que pasa es que no podía pasame sin vete tós los meses, aunque solo fuá de lejos.

Mic. ¡Ea! Pues ya le tenemos aquí. El señor Gregorio.. (Presentándole.)

Greg. Muchísimo gusto en conocerle...

Ign. Lo mismo digo. (Le da la mano, y el señor Gregorio hace gestos de dolor.)

Mic. Y el señor Alfonso, el dependiente que tiene pa el puesto Estanislao

Alf. A su disposición total. (Dándole la mano.) (¡Mi madre!) (Le ha hecho polvo los dedos.)

Greg. Lo que está usté es fuerte a pesar de sus años, señor Ignacio.

Ign. ¿Fuerte?... Mire usté. (De un puñetazo deshace la camilla.)

Greg. (¡Puñales! ¡Me ha hecho polvo la camilla!)

Mic. ¡Pero, padre!

Ign. Hija, con pagarlo, ná se ha perdío. ¿Que valen esas astillas, señor Gregorio?

Greg. No merece la pena, señor Ignacio. (Me da vergüenza cobrársela.) Pensaba tener el gusto de invitarle a usté a cualquier cosa, así que me haré cuenta de que le he osequiao con la camilla.

Ign. Pues tantas gracias, y de aquí a un rato.

Mic. ¿Pero se va usté, padre? Es que no va usté a comer con nosotros.

Ign. No he de comer, ¡porra!

Mic. Pues entonces, ¿dónde va usté?

Ign. ¿Qué ande voy, porra? (Sin saber qué decir.) Pues a hacer una visita. Cuestión d'un cuarto de hora, poco más.

Mic. ¿Y qué visita es esa, padre? (Maliciosa.)

Ign. Pues una visita, hija.

Mic. Bueno, pero deseguida aquí, padre; que hoy come Estanislao con nosotros.

Ign. Descuida. Hasta más ver, señores, y tanto gusto.

Alf. Vaya usté con Dios, señor Ignacio.

Mic. Ande usté, ande usté. (Acompañándole hasta el foro.) ¿Ha visto usté, señor Gregorio, qué padre más pindongo tengo?

Greg. Ya lo he visto, ya. Más pindongo y más forzudo, ¡puñales!

(Pausa. Se van al foro Micaela y el señor Ignacio, y ella queda allí siguiéndole con la vista y diciéndole adiós con la mano. Sale un Comprador y se acerca al puesto del señor Gregorio.)

Com. Buenos días. ¿Tendría usté por casualidad una mesa camilla en buenas condiciones?

Greg. (¡Maldita sea mi suerte!) Sí, señor, tenía una. Y si viene usté cinco minutos antes no sabe usté lo que se lo hubiá agradecido. Me había usté hecho el gran favor.

Com. ¿La ha vendido usté ya?

Greg. Sí, señor. Pero ha sido regalá.

Com. Pues usté perdone. (Vase.)

Mic. Ya está aquí Estanislao. Entoavía no le había visto hoy y me parecía que me faltaba algo, ¡Dios mío, qué felices vamos a ser! (Va a su puesto y se sienta.)

ESCENA VIII

El SEÑOR GREGORIO, el SEÑOR ALFONSO, la SEÑORA MICAELA y el SEÑOR ESTANISLAO

El señor Estanislao, con su sonrisa de siempre, hace la misma salida que la vez anterior. El señor Alfonso se le queda mirando fijamente. El señor Estanislao, después de mirar distraídamente al señor Alfonso, se dirige con su calma habitual hacia el puesto de la señora Micaela. Pausa.

Alf. (¿Es triste o alegre lo que le han dicho en el Ministerio? Logogrifo.) (Pausa.)

Mic. Ven aquí, hombre, ven aquí; que ya es hora de que nos veamos hoy. Si vieras qué ganas tenía de verte, Estanislao.

Est. Y yo también, Micaela, y yo también. Ya lo sabes. (Pausa.) Micaela, yo no sé si tú me quieres como yo te quiero a ti...

Mic. ¿Qué dices, Estanislao? Yo te quiero a ti como a mi padre, más que a mi padre, Estanislao.

Est. (Conmovidamente efusivo, efusión que pasa como un relámpago.) Pues yo te he querido a tí... (Mirando a todas partes y con amoroso misterio.) como no he querido a nadie, Micaela. (Cogiéndola una mano que suelta en seguida.) Sin locuras, es verdad, sin vehemencias impropias de mis años... pero te he querido y te quiero, y me hace tanta falta tu cariño en mi vida como el aire pa respirar.

Alf. (Habla que lapida el tío éste.)

Mic. (Emocionada.) ¡Estanislao, mi Estanislao, nunca me has hablao de este modo!... Pero, sigue, sigue...

Est. (Tristemente.) ¡Que siga!... (Pausa.) Tú sabes, Micaela, que cuando te hablé te dije que era viudo... (Ella asiente con la cabeza,) Bueno, pues ahora resulta que no soy viudo sino que estoy casao.

Mic. (Poniéndose rápidamente en pie.) ¿Qué dices? ¡Casao! (Dejándose caer desfallecida y llorando desconsoladamente.)

Est. Sí, pero oye, Micaela, escúchame...

Mic. (Fuera de sí) ¡Calla! ¡No me hables! ¡Vete! Eres un...

Est. (Suplicante.) Micaela, Micaela, óyeme...

Mic. (Poniéndose en pie y cada vez más indignada.) ¡Vete! ¡Vete, te digo!

Est. Puesto que no quieres oirme, adiós y perdóname. (Pausa. Micaela se sienta sollozando.) Señor Alfonso, cierre usté el puesto y vaya usté a buscarme a su casa que allí voy yo. (Pausa.) ¡Pobre mujer! ¡Y pobre de ti, Estanislao! (Vase.)

Alf. Pero, ¿qué ha dicho, señá Micaela? (Dirigiéndose, como asimismo el señor Gregorio, apresuradamente hacia ella.)

Mic. ¡Qué está casao, señor Alfonso!

Alf. ¿Qué ha dicho usté? ¡Casao!

Greg. ¿Casao?...

Alf. ¡El caos!

(Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Zaguán de una casa modesta de vecindad. A la derecha puerta que da a la calle. A la izquierda la portería. Al foro escalera que da acceso a los cuartos.

ESCENA PRIMERA

La SEÑORA ANTONIA mirando con mucho interés lo que pasa en el interior de la portería. DOÑA SOLEDAD por la derecha, al final ALFONSO por el mismo lado

Sol. (Saliendo.) Señora Antonia...

Ant. (Retirándose de su punto de mira.) ¿Quién llama?... ¡Ah! ¿Es usté, doña Soledad?

Sol. ¿Vino don Manuel?

Ant. Sí, señora, tres veces.

Sol. ¿Y qué dijo?

Ant. Misté, doña Soledad, más vale que se lo diga él a usté que tendrá más confianza.

Sol. Pues si vuelve, que volverá, le da usté la llave y le dice que espere, que yo vengo en seguida. (Le da una llave grande y sale por el foro.)

Ant. ¡Menuda pécora! (Volviendo a su puesto de observación.) Pero, señor, ¿qué hará ese hombre tanto tiempo ahí metido?

Alf. (Por la derecha.) ¿Sigue ahí, señora Antonia? ¡Quién se esperaba esto!

Ant. Ahí sigue. (Alfonso quita de su puesto a la señora Antonia y se pone él.) ¿Y qué hace?

Alf. Escribir. (Pausa.) Ahora deja la pluma. (Pausa.) Ahora se arrasca. ¡Mi madre!...

Ant. ¿Qué?

Alf. ¡Que se mete la mano en un bolsillo!... ¡Que saca una cosa!...

Ant. Pero, ¿qué?

Alf. ¡Paece una pistola!

Ant. !Vaya una tragedia, Señor, vaya una tragedia!

ESCENA II

La SEÑORA ANTONIA, que se va en seguida, el SEÑOR ALFONSO y NIEVES, que viene muy deprisa y tropieza con el escalón de la puerta y a poco se cae

Alf. / **Ant.** ¡Ah!

Ant. ¡El demonio de la chica y el susto que nos ha dao! (Y vase por el foro.)

Alf. ¿Cómo tú por aquí, Nieves? ¿Qué pasa?

Nieves ¡Ay, señor Alfonso, que la señá Micaela se ha vuelto histérica perdía!

Alf. ¿Histérica?... ¿Qué es eso?

Nieves ¡Que está como loca! ¡Que da pena verla!

Alf. ¡Vaya por Dios!

Nieves Apenas usté se marchó se puso de pie, dió una carcajada sardánica así, ja, ja, ja, y empezó a patás con toas las existencias.

Alf. ¡Demonio!

Nieves Bueno, no ha dejao libro sano. El señor Conde de Montecristo ya no sirve pa ná, y al Rocambole le ha dejao inutilizao pa toa clase de aventuras. Sobre tó el epílogo, se le ha dejao hecho una criba.

Alf. ¡Pobre mujer!

Nieves En la comisaría la he dejao.

Alf. ¿Qué dices? ¿En la comisaría?...

Nieves ¿Pero usté no sabe lo que ocurre? Pues que su padre, el señor Ignacio, dende que se marchó esta mañana, no hemos vuelto a saber de él y no parece ni vivo ni muerto por ninguna parte.

Alf. ¡Atiza! Pues no le faltaba más a la infeliz.

Nieves Y entonces me dijo la señá Micaela: Anda, llégate a casa del señor Alfonso y pregúntale por el señor Estanislao, pues necesito verle.

Alf. Claro, querrá pedirle explicaciones. Pues el señor Estanislao está ahí metido dende esta mañana sin probar ni gracia de Dios.

Nieves ¿Y qué es lo que hace?
Alf. Escribir.
Nieves Pues no me diga usté más. Está haciendo su testamento.
Alf. ¡Rediez!
Nieves Lo mismo pasa en una novela que se intitula *El banquero deshonrao,* en la que figura que un señor banquero que s'había quebrao por culpa de su hijo, que era un pindongo muy grande, va y se encierra en su despacho, lo menos ocho horas, pa hacer su testamento, y con una pistola en el bolsillo de la americana. Y se dijo el señor banquero: en cuanto que sienta el más pequeño ruido en la puerta del despacho, me destapo la tapa de los sesos.
Alf. ¿Y qué?
Nieves Toma, pues que llegó el portero con un recao muy urgente, dió dos golpes en la puertr, se oyó una detonación y cuando abrieron se encontraron con el cadáver del banquero tó destapao y se acabó la novela.
Alf. ¡Mi madre!
Nieves Que es lo mismo que va a pasar aquí. Y si no ya lo veiá usté, señor Alfonso.
Alf. Eres la única pa dar ánimos.

ESCENA III

NIEVES, el SEÑOR ALFONSO, por el foro, la SEÑORA MICAELA, y en seguida, el SEÑOR ESTANISLAO por la portería

Mic. Buenas noches. ¿Está aquí el señor Estanislao?
Alf. Sí, señora.
Nieves ¿Y el señor Ignacio, seña Micaela?
Mic. Sin parecer, hija, por ninguna parte. Afortunadamente no creo que le haiga ocurrido ná, porque él es incapaz de meterse con nadie.
Nieves Toma, y de haberle ocurrido algo se lo habrían a usté dicho en la comisaría.
Mic. ¿Dice usté que está aquí? (Yendo hacia la portería y dando con los nudillos.) ¡Estanislao! ¡Estanislao!
Est. (Saliendo.) ¿Quién llama?... (Queda sorprendido al ver a Micaela.)

Mic. Yo, que necesito, ¿lo oyes?, que quiero explicaciones de tu conducta.

Est. Nada más justo, Micaela. Yo estaba dispuesto a dártelas, pero tú, es natural, no diste lugar más que a tu indignación...; muy justa, sí, no me digas nada. (Pausa.) Pero si soy culpable oye y juzga luego.

Nieves (Misté por donde me voy a enterar yo de tó, con las ganas que tenía de saberlo.)

Est. Como te dije, yo estaba casao.

Mic. ¡Canalla!

Nieves Oígale usté, seña Micaela. Pué que se haiga casao sin saberlo.

Mic. Tú te callas.

Est. Estoy casao, Micaela, pero yo no lo sabía.

Nieves ¿Lo ve usté?

Mic. ¿Cómo?

Est. Te juro que no lo sabía, pero si tienes calma y oyes, verás que mi historia es una triste historia en la que el código disculpa hasta el crimen, aunque yo jamás caí en él. (Pausa.) Cierta noche... ¡cuántos años hace ya! un ricacho del pueblo en que yo vivía, pa poner digno remate a una de sus juergas, valiéndose de la fuerza y de malas artes, llevó la vergüenza y la deshonra a una pobre familia, que solo les sostenía su bien cimentada honradez. Yo que siempre me he dolido de las desgracias ajenas, tendí mis manos a la mujer que lloraba su deshonra y le dijé: ¡Ea! ¡Basta de llanto! Te quiero igual que antes de ocurrirte esa desgracia. Esa afrenta yo la recojo y ese niño cuando venga al mundo se encontrará con un padre que le dará su apellido y le enseñará a ser un hombre honrao. Y me casé con la que el pueblo entero más que compadecía despreciaba y que al pasar a ser la mujer de uno de los más ricos, recobró el honor y el aprecio social, que aquí abajo al dinero ná se resiste y a la postre lo mismo se compra honor que un mueble de lujo.

Mic. (¡Qué bueno es!)

Nieves (¡Tié un corazón de platino!)

Est. Pues aquella mujer me despreció. Y después de tirar mi fortuna y mi nombre donde yo había recogido el suyo, concluyó por fugarse con un canalla, que en mi casa tenía,

aunque de limosna, como a un amigo, como a un hermano.

Alf. ¿Y usté se quedó con el chico?

Est. Sí.

Alf. Pues yo le estrangulo... ¡Dios me perdone!

Est. ¿Qué culpa tenía él? Nadie elige madre, señor Alfonso. Conmigo siguió hasta que un día, avergonzao de los padres que le había deparao su mala suerte, subió al cielo pa pedir a Dios que los perdone.

Nieves Pues va a perder el tiempo. Deseguía los perdona.

Est. Y no volví a saber más de ella hasta hace tres años, que el día del Carmen recibí noticias de que había muerto en América.

Mic. ¿Entonces fué cuando tú me hablaste?

Est. Entonces, Micaela. Si no, no te hubiera hablao nunca. Yo me creí libre, pero ayer, del Ministerio de Estao me avisaron pa comunicarme que por un error de apellidos se había dao por muerta a esa desgraciada...

Mic. ¿Y vive esa mala mujer?

Est. Vive. (Llorando.) Vive, sí, pa que no pua ser feliz una mujer buena y pa que siga siendo desgraciao un hombre que nunca ha sío malo, Micaela. Y esta es mi historia. Si te parece poco castigo que por culpa de esa mujer, que tanto mal me ha hecho, me quede sin ti, que es lo que más quiero en el mundo, imponme tú el que creas que merezco. Pero da en el corazón, Micaela, que vidas que, como la mía, van tan cargás de pensa, pesan demasiao.

Mic. Perdóname, Estanislao...

Est. Perdóname tú, mujer.

Mic. Yo me voy a buscar a mi padre, que todavía no ha vuelto... y no sé si le habrá ocurrido algo... Ten paciencia...

Nieves Hay quien no viene al mundo más que a chincharse, señor Estanislao...

Mic. Con el tiempo me olvidarás... Yo... también con el tiempo... procuraré... No sé si... pero... si... (Y va haciendo mutis sollozando. Al llegar a la puerta dice desgarradoramente.) ¡Yo no podré olvidar nunca a un hombre tan bueno como tú! (Mutis.)

Est. (Yendo tras ella.) ¡Micaela!... (Se detiene en el dintel de la puerta.)

Nieves (Llorando.) Ya le pediremos a Dios que se muera pronto su mujer. (Vase.)

Alf. Amos, que yo no. Que yo me ajuntaba con la señá Micaela, y al que le pique que se arrasque.

ESCENA IV

El SEÑOR ALFONSO, el SEÑOR ESTANISLAO, luego PETRA. Al final la SEÑORA ANTONIA

Est. Señor Alfonso, desde mañana queda usté encargao del puesto, pues yo no pongo más los pies por allí. Y dígame usté, ¿no tien ustés algún cuarto desalquilao? Porque me encuentro tan solo, señor Alfonso...

Alf. Sí, señor, hay uno.

Est. ¿Y qué tal gente vive en la casa?

Alf. Muy buena gente pa vivir en otro lao. En el primero, un maestro de segunda enseñanza, que cómo andará de discípulos que se pasa el día enseñando la geografía a un loro de la vecindad. En el segnndo, una agencia de colocaciones de un pobre hombre que le dejaron cesante hará unos doce años. Y en el tercero, doña Soledad, una tía liosa, que el mismo día que se vino a vivir a la casa, le dijo a la señora Antonia, a la vez que le daba un duro, que ella, por razones... que no tenía que dar razones, pues pa eso daba el duro, tenía amistad con un tal don Manuel, quien podía entrar en la casa fuera la hora que fuera y siempre que se lo pidiera el cuerpo. Ahora que él no abusa. Según la señora Antonia, pues yo no tengo el gusto de conocerle, no viene a verla más qne una vez al mes. Pero lo que yo digo: no podrá el hombre más, ¿verdad usté? Y en el izquierda... Y guárdeme usté el secreto, pues no está bien que los porteros quitemos el pellejo a los inquilinos, aunque sea la costumbre, vive una señora muy decente y casá, según ella, aunque entoavía no tenemos el gusto de conocer a su marido. Y eso que ayer, porque la señora Antonia, que sabe que hay mujeres que llaman marido a un conocido de un cuarto de hora, la preguntó con cierto

chungueo por su esposo, se puso muy enfoscá y dijo que mañana lo bajaría al patio de diez a diez y media pa que nos recreásemos en él tós los vecinos.

Est. Puede que tenga razón. ¿Y dice usté que se llama Soledad?

Alf. No, señor, esa es la otra. Esta se llama Petra Ruiz y Gil.

Est. ¿Qué ha dicho usté? ¡Petra Ruiz y Gil! ¡Mi mujer!

Alf. ¿Eh?

Est. ¿Petra Ruiz y Gil, señor Alfonso?

Alf. (¡Arrea!) No, no, señor Estanislao. Yo tengo muy mala memoria... No estoy seguro si es Ruiz o Velarde. Eso, mi cuñada; como yo no estoy nunca en la portería...

Est. Deme usté la lista de los inquilinos.

Alf. Sí... ahora... Pero... (Es ella.) (Mutis.)

Est. ¿Será posible, Dios mío?

Alf. (Saliendo con la lista.) De esto no haga usté caso, que a veces están equivocaos tós los nombres. (Viendo a Petra bajar por la escalera.) (¡Dios nos coja confesaos! Doña Petra que baja.)

Est Traiga usté. (Tomando la lista y poniéndose a leer.)

Petra (Por el foro.) Buenas noches. (Mutis por la derecha.)

Est. ¡Esa voz!... (Súbitamente.)

Alf. Sí, señor, es la suya. (Abrazándose a él.) Ella es.

Est. ¡Déjeme usté, señor Alfonso!

Alf. No, señor Estanislao, no.

Est. ¡Señor Alfonso, quite usté!

Alf. (Poniéndose en la puerta con los brazos abiertos.) Antes me mata usté, señor Estanislao. Crímenes, no. Que le quiero a usté como a un hermano, y me daría mucha pena que le llamaran a usté asesino por culpa de esa mala mujer.

Est. ¿Qué dice usté, señor Alfonso? ¿Yo matar a esa mujer?... La vida está por encima de todo y no hay nada en el mundo que disculpe a un asesino.

Alf. ¡Señor Estanislao!

Est. ¡Dios mío, en qué ocasión pones otra vez en mi camino a esa mala mujer. (Marcando el mutis.)

Alf. ¿Quié usté que le acompañe?

Est. (Con la cabeza baja y andando muy despacio.) No.

¡Ella, ella aquí!... ¿Podré contenerme otra vez como me contuve aquella?... ¡Que se vaya!... ¡Que me deje!... (Mutis.)

Alf. ¡Cómo va! Pues lo que hago yo mañana es comunicar a doña Petra a quién tiene en Madrid. La voy a dar el chocolate con mogicón; pero mejor es que se vuelva ella otra vez por su gusto al otro mundo, y en tercera tan ricamente, que no que la manden al otro mundo contra su voluntad. (Mutis por la portería. La señora Antonia sale por el foro y hace mutis por la portería.)

ESCENA V

El SEÑOR IGNACIO, luego la SEÑORA ANTONIA

Ign. (Por la derecha.) ¡Me ha dao el día esta dichosa mujer! Que si viene ahora mismo; que si vuelva usté... Total, que mi pobre Micaela estará consumida de esperarme. Pero quiero terminar esto de una vez y de raíz, pa dedicarme a mi hija, y si tengo nietos, a mis nietos. Que cá cosa está bien en su época, y no tengo yo edad pa estas andanzas. Conque, Ignacio, despídete, que ésta es la última cana que echas al aire. (Dando unos golpes en la portería.)

Ant. (Dentro.) ¿Quién?

Ign. Soy yo, señora Antonia.

Ant. (Dentro.) ¡Ah! ¿Es usté, don Manuel? Ahora salgo.

Ign. (Sonriendo.) ¡Don Manuel! ¡Porra!, no he querido dar mi nombre. A mis años toas las precauciones son pocas. Y además, que si se hace el ridículo, que sí que se hace, que lo haga don Manuel, pero no el señor Ignacio. (A Antonia, que se asoma por la portería.) ¿Qué, vino doña Soledad?

Ant. Sí, señor; pero se volvió a marchar.

Ign. ¡Vaya por Dios!

Ant. Ahora, que me ha dejao la llave y me ha dicho que la espere usté arriba. (Dándole una llave.)

Ign. La esperaré. (No quiero que pase de hoy.)

Ant. Pues que usté descanse, don Manuel.

Ign. ¿Eh?... (Distraídamente, sin acordarse que allí se llama

Manuel.) (¡Ah, porra! No me acordaba que me llamo Manuel.) Muchas gracias, señora Antonia. (Vase por el foro.)

Ant. Es un santo. Por eso se conoce que ella es... lo que es... Pa que haiga contraste. Pues que no juegue, que un día se da cuenta de que está haciendo el ridículo...

ESCENA VI

La SEÑORA ANTONIA y DOÑA SOLEDAD que sale muy sofocada por la derecha

Sol. Acaba de entrar, ¿verdad?

Ant. Sí, señora.

Sol. ¡Es más inoportuno este don Manuel! Le he visto pasar desde la esquina.

Ant. Que usted descanse.

Sol. ¡Sí! (Vase por el foro.)

Ant. ¿Qué haría en la esquina y a estas horas? (Entra en la portería, apaga las luces, sale con un cabo de vela en la mano, cierra la portería, la puerta de la calle y vase por el foro. Dentro se oye roncar al señor Alfonso. Pausa.)

ESCENA VII

ROMÁN abre la puerta, entra PETRA y él intenta marcharse

Petra (Sujetándole.) ¡Román!

Román (En voz baja.) ¡Calla, no des un espectáculo!

Petra Pues sube. (Amenazadora.) ¡Sube, Román! (Él no se mueve.) Pues por la gloria de mi madre te juro que si no subes, si al fin me dejas, mañana duermes en una celda de la cárcel.

Román (Asustado.) ¡Calla! Si sé que al fin acabarás por denunciarme.

Petra En cuanto me dejes .. Porque eres un canalla, porque pa ti no hay más que dinero.

Román ¿Pero serías capaz?

Petra Que Dios me deje ciega si no lo hago. Una vez pudiste dejarme; pero como aún me quedaba dinero, volviste. Y hoy que ya no me queda, y que tú no volverías, ya no me puedes dejar.

Román (Siniestramente.) Bueno, pues anda. (Puede que

te pese. Yo no puedo vivir con la amenaza constante del presidio, y a su lao menos, pues cada día la odio más.) (Cierra la puerta.)

Petra — Enciende.

Román — No hables tan alto.

Petra — ¿Pero pa qué ese misterio, si mañana te voy a bajar al patio pa que vean los vecinos que tengo marido de veras?

Román — ¿Mañana?... (¡Sí!) (Enciende una cerilla y Soledad se coge de su brazo.)

Petra — (Muy enamorada.) Ya sabía yo que te convencería. Si aún te queda por los rincones un poco de cariño pa mí.

(Hacen mutis por el foro. Él con la cabeza baja y muy preocupado; ella hablando muy cariñosa.)

ESCENA VIII

El SEÑOR ESTANISLAO, el SERENO, que se va en seguida. Luego el SEÑOR IGNACIO, ROMÁN y el SEÑOR ALFONSO. Después la SEÑORA ANTONIA

Est. — (Dentro.) ¡Sereno! (Pausa.)

Ser. — (Abriendo la puerta.) ¿A qué piso va ustez?

Est. — (Saliendo.) Al tercero. A casa de doña Petra... ¿Usté sabe si está?

Ser. — Doña Petra será la vecina nueva, ¿no? Pues yo no la he visto de venir.

Est. — Pues haga usté el favor de esperar un momento. (Dándole diez céntimos y a él, el Sereno, una cerilla.)

Ser. — Le dejaré a ustez la puerta entorná, y cuando baje me da ustez una voz.

Voz — (Dentro se oye: ¡Sereno!)

Ser. — ¡Va! (Vase.)

Est. — ¡Que Dios me dé valor! Si ella no quiere, seré yo el que me vaya (Dentro se oye un ¡Ay! desgarrador. Al avanzar se le apaga la cerilla.) ¿Qué es eso? (Busca nerviosamente.) ¡Señor Alfonso, señor Alfonso!

Ign. — (Dentro.) ¡Auxilio!

Est. — ¡Señor Alfonso!

(Rápidamente cruza la escena el señor Ignacio seguido muy de cerca de Román, que lleva una pistola. El Señor Ignacio, al llegar a la puerta, tira instintivamente de ella y desaparece seguido de Román. Inmediatamente se oyen dos detonaciones y un ¡Ay!)

Est. (Encendiendo una cerilla.) ¡Señor Alfonso, señor Alfonso! (Aporreando la portería.)

Alf. (Sacando la cabeza.) ¿Qué es eso? (Viendo al señor Estanislao.) ¡Usté aquí, señor Estanislao!... ¿Qué ha sido ello?

Est. (Con su calma habitual.) ¡Yo qué sé! Ahora lo veremos. Pero, calle usté, me parece que han detenido al agresor.

(Por el foro aparece la señora Antonia muerta de miedo y con un cabo de vela en la mano. Dentro se oyen murmullos. Telón)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala blanca. Al foro izquierda puerta de cristales que da a la calle. A la derecha teléfono. Puertas en primero y segundo término derecha, que comunican con las salas de operaciones, y entre aquellas dos, una mesa de despacho en mediano uso. Bancos a la izquierda y al foro.

ESCENA PRIMERA

Forman grupos en primer término izquierda del proscenio, la SEÑORA ANTONIA, el PORTERO de la Casa de Socorro, GUARDIAS 1.° y 2.°, un FOTOGRAFO y REPORTERS 1.° y 2.°. El SEÑOR ALFONSO pasea mirando instintivamente a ROMAN, que sentado en el extremo del banco del foro, próximo a la puerta de la segunda derecha, no pierde detalle de lo que pasa en el interior de la habitación. Al levantarse el telón, suena el timbre del teléfono, saliendo apresuradamente un PRACTICANTE por segunda derecha

Prac. (Hablando por teléfono.) ¿Juzgado de Guardia? Acaban de ingresar en esta Casa de Socorro un hombre y una mujer gravemente heridos.

Román (Aterrado.) (¿Heridos?)

Prac. (Continuando.) No, no; de ningún modo. Dígale usted al señor Juez que es imposible trasladarlos al Hospital. (Mutis rápidamente por segunda derecha.)

Ant. Pues pa mí lo que ha ocurrido es lo siguiente: Siendo la víztima doña Soledad, como debe serlo, lo que ha pasao es, que don Manuel, de apellido incónito, se ha cansao de hacer el ridículo, la ha dao una puñalá y después se ha pegao dos tiros...

Alf. Pero usté qué sabe, señora Antonia. Cállese usté y no se meta usté en líos con la justicia, porque si se la pone en las narices nos pué hacer a nosotros responsables de to y pué que nos lleven hasta a la horca.

(La señora Antonia no hace caso y continúa su discurso.)

Román (Aparte.) ¡No puedo más! ¡Me estoy ahogando! La cuestión está en que no hablen. Ella, sobre todo ella, que no pueda declarar, porque si no, estoy perdido. ¡Lo malo aquí ha sido tener que disparar por ese tío ladrón! A los disparos acudieron los Guardias y ya me ví perdido. ¿Habré errao el golpe? Si yo pudiera marcharme..

Alf. (Estoy seguro, es él.)

ESCENA II

DICHOS y el SEÑOR ESTANISLAO

Alf. (Yendo hacia el señor Estanislao.) ¿Pero de dónde sale usté?

Est. De la Comisaría, donde me han llevao.

Alf. ¿A usté? ¿Pa qué?

Est. Para que declarara lo que había visto.

Alf. ¿Pero usté ha visto algo?

Est. Hombre, ver... Yo he dicho la verdad: Que en el momento que me disponía a subir a la casa oí voces de auxilio; que inmediatamente vi bajar a dos hombres...

Alf. ¿Dos hombres?

Est. Y que en seguida que salieron a la calle sonaron dos disparos... Y no sé más.

Alf. Pues yo tampoco.

Est. Por la Comisaría se dice que la herida es una tal Soledad y el agresor un tal don Manuel.

Alf. Toma, lo que ha declarao la señora Antonia. Yo no sé ná. Ni ella tampoco, porque estaba en la cama y aquí nos han traído sin dejar que nos enteráramos del suceso.

Est. Pero lo que yo me digo, señor Alfonso, es que yo vi bajar a dos...

Alf. Usté ha visto visiones, señor Estanislao. Aquí no ha debido pasar más que lo que dice la señora Antonia... a to el mundo, des-

graciadamente; don Manuel se ha cansao de hacer el ridículo y en el cuarto de hora malo que tos tenemos, la emprendió a puñalás con esa mujer. La creyó muerta y huyó, pero ya en la calle, se acordó de eso que usté dice: que no hay razón pa quitarle a nadie la vida, y pa arreglarlo en lo posible, se pegó dos tiros.

Est. Todo eso está muy bien, señor Alfonso. Pero ¿y el otro?

Alf. ¿Por qué no se acuesta usté, señor Estanislao, y se toma usté dos sellos de quinina, que es buena pa el delirio?

Est. Puede que tenga usté razón. Ahora, que yo juraría... (Se queda reflexionando.)

Román (Cuando me mira alguno creo que va a gritar de pronto: ¡Ese es el asesino!)

Est. ¿Pero qué mira usté, señor Alfonso?

Alf. Ná, a ese hombre, que es el que ha ayudao a los Guardias a traer a don Manuel a la Casa de Socorro, y...

Est. ¿Y qué?

Alf. (Yo se lo digo.) Pues ná, que da la casualidad que es el socio que desde hace unos días le venía a usté haciendo el tercero con la señá Micaela, según le dije a usté ayer.

Est. (Como Román está de espaldas, avanza para verle. Sin verle todavía la cara.) ¿Ese?

Román (Poniéndose nervioso y rápidamente en pie.) ¿Yo? (Al ver a Estanislao.) ¡Eh!

Est. ¿Cómo? ¡Tú?

Román ¿Usté, señor Estanislao?... ¿Usté en Madrid?

Alf. (¡Anda, Dios! Ahora resulta que son amigos.)

Est. Yo, Román, yo. Mírame a la cara, soy yo; el mismo que te recogió del arroyo, donde te morías de hambre, y fué contigo un amigo, un hermano, un padre... Y tú, ¿te acuerdas cómo me pagaste?... Robándomelo todo: dinero, alegría, honra. Así me pagaste.

Alf. (¡Y decía yo que eran amigos!)

Román Bueno, ¿y qué?

Est. Que me han dicho que te has puesto otra vez en mi camino...

Román ¿Yo?

Est. ¿No es este el canalla que dice usté que iba por el puesto de la señora Micaela, señor Alfonso?

Alf. Sí, señor; este canalla es.

Román ¡Ah! ¿Pero usté es?...

Est. Pues oye: Ya suponía que estabas en Madrid; pero si antes de ocho días no te vuelves otra vez... con ella o solo... tú me entiendes, donde yo no sepa de ti, por las cenizas de mi madre y por to el odio que te tengo, te juro...

Román (Soltándose violentamente, pues le ha cogido por la solapa de la americana.) ¡Suélteme usté, que yo también le juro por todo el odio que le tengo, que si puedo, me llevaré a la señora Micaela, como hace años me llevé a su mujer de usté.

Est. ¡Canalla! (Yendo hacia él amenazador.)

ESCENA III

DICHOS, el ALGUACIL, el JUEZ y el ESCRIBANO. Por segunda derecha un PRACTICANTE

Alg. El señor Juez.
(El señor Alfonso tira del señor Estanislao. Entra el Juez y el Escribano. Todos se descubren.)

Prac. (Saliendo.) Buenas noches, señor Juez.

Juez ¿Y los heridos?

Prac. Gravísimos.

Juez ¿Podrán declarar?

Prac. Lo intentaremos.

Juez Bien, no perdamos tiempo. (Hace mutis con el Practicante, Alguacil y Escribano, por segunda derecha.)

Román (¡Que no declaren!)

ESCENA IV

El SEÑOR ESTANISLAO, el SEÑOR ALFONSO, la SEÑORA ANTONIA, REPORTERS 1.° y 2.°. FOTÓGRAFO, GUARDIAS 1.° y 2.°. Un PORTERO. Dentro PETRA, el JUEZ y un PRACTICANTE

Juez Señora... (Silencio sepulcral y ansiedad general. Un Portero a la puerta del foro. En primer término izquierda, dando frente a la segunda derecha, todos los personajes, menos Román, que está de pie, casi pegado a la puerta segunda derecha. El señor Estanislao solo, casi en medio del proscenio, con la cabeza baja y

frente a la primera derecha.) Señora, ¿cómo se llama usted? (Pausa.)

Petra (Débilmente.) Petra Ruiz.

(Cara de asombro en los personajes. Los Reporters miran a la señora Antonia.)

Est. (¿Eh? ¡Mi mujer! ¡Dios mío! ¿Ella?)

Alf. (¡La mujer del señor Estanislao!)

(Estanislao muestra ya una gran ansiedad.)

Juez ¡Ea! Valor. Diga, ¿quién la ha herido a usted? (Enorme expectación. Román no puede apenas respirar.) ¿Eh? (Pausa.)

Petra Mi... marido...

Est. (¡Ah!... ¿Qué ha dicho esa mujer?)

Alf. (¡Ay mi madre!)

Juez ¿Y quién es su marido de usted? ¿Cómo se llama? (Pausa.)

Petra Se llama... el Ro... Ro... el...

Román (¡Me ahogo! ¡Me ahogo!... ¡Estoy perdido!)

Juez (Con ansiedad.) ¿Cómo?... Señora, diga... (Pausa.) ¿Cómo?

(Román al oir la voz del Juez, se vuelve a todos lados como si buscara la huída y viéndola imposible se acerca otra vez a la puerta.)

Prac. No se moleste usted más, señor Juez, acaba de fallecer en este momento.

(Román se vuelve a dejar caer en el banco.)

Est. (¿Qué es esto?... ¿Qué es esto?... ¿Pero qué ha dicho esa mujer, Dios mío?)

Alf. (Mirando al señor Estanislao.) (¡Es él! ¡Es él!)

ESCENA V

DICHOS, menos PETRA, el JUEZ, el ESCRIBANO, el ALGUACIL y el PRACTICANTE que salen por segunda derecha

Juez (Saliendo.) Vamos, vamos... ¿Dónde está el herido?

(Román se pone en pie.)

Prac. (Señalando primera derecha.) Aquí.

Juez ¿Podrá declarar?

Prac. Qué sé yo. Haremos lo que se pueda, señor Juez. (Y hacen mutis por la primera derecha todos los que salieron por la segunda del mismo lado)

ESCENA VI

DICHOS, menos el PRACTICANTE, el JUEZ, el ALGUACIL y el ESCRIBANO. Cuando se indique NIEVES y la SEÑORA MICAELA por el foro. Román pasa de segunda derecha a primera del mismo lado, donde queda observando

Est. (Sí, sí; esto se aclarará y verán que esta mujer ha mentido. ¿Por qué me acusa, si de fijo ni siquiera sabía que yo estaba en Madrid? ¿Qué habrá querido decir esa mujer?

Alf. (Aparte a Estanislao.) Huya usté, señor Estanislao.

Est. ¿Yo?... ¿Pero es que me cree usté asesino?

Alf. Cá, no, señor; pero yo en su lugar de usté me iría a la China, lo más cerca.

Est. El que no tiene por qué temer, no huye, señor Alfonso. Que sea lo que Dios quiera. (Y vase al mismo sitio que dejó Román en el banco que hay en el foro, donde permanece con la cabeza baja.)

Alf. Sí, fíate de los Jueces y no corras. Claro que yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Ahora que la hubiera matao antes. (A la señora Antonia.) ¿Pero qué dice usté? ¿Qué jaleo de nombres se está usté trayendo?

Ant. ¿Jaleo? Pues no pué estar más claro. Ahora resulta que don Manuel estaba casao con doña Petra y a la vez tenía relaciones con doña Soledad.

Alf. (¡Arrea!)

(Reporters 1.° y 2.°, en la pared de la izquierda, tomando notas, inmediatamente detrás Guardias 1.° y 2.° El Fotógrafo, en el banco de la izquierda, va disponiendo la máquina. El Portero, junto a la puerta del foro, mira hacia la calle. El señor Estanislao, sentado en el banco con la cabeza baja, permanece insensible a cuanto le rodea. Román no hace caso más que de lo que sucede en la habitación de primera derecha, y el señor Alfonso sugeta por un brazo a la señora Antonia, que quiere perseguir a los «Reporters» para seguir dándoles la lata. En este momento se abre la puerta del foro y aparecen Nieves y la señora Micaela.)

Nieves Vamos, señora Micaela, no se ponga usté así.

Alf. ¿Ustés por aquí? (¿Sabrá ya?...)

Mic. Pero, ¿y usté, señor Alfonso? Qué, ¿ocurre algo?

Alf. No, ná... (¡Una frioleral) ¿Y el señor Ignacio?

Mic. Sin parecer por ninguna parte, señor Alfonso, y sin darnos noticias de él.

Nieves Toma, por su culpa nos estamos pasando la noche corriendo toas las Comisarias y toas las Casas de Socorro y si a mano viene él pué que esté de juerga en la Bombilla.

Mic. ¿Pero usté qué hace aquí? ¿Cómo? ¡Y Estanislao también! (Queriendo ir hacia él e impidiéndoselo el señor Alfonso.)

Alf. Na, señá Micaela. El suceso ese que ha ocurrido en mi casa y estamos aquí como testigos.

Nieves ¿Y qué ha sido ello?

Alf. Un hombre que ha matao a su amante y después se ha suicidao.

Mic. ¿Y qué señas tiene? ¿Cómo se llama?

Alf. No, no tenga usté cuidao; se llama Manuel. ¿No se llama Manuel, señá Antonia?

Ant. Sí, señor, Mannel se llama.

Mic ¿Está usté segura?

Ant. Como me tengo que morir. Pocas veces que se lo he llamao.

Alf. Ya lo ha oído usté, señá Micaela. Conque ahora váyase usté a su casa que pué que esté allí ya el señor Ignacio. (Empujándola.) Váyase usté, váyase usté.

Port. Silencio.

ESCENA VIII

DICHOS, el JUEZ y el SEÑOR IGNACIO, dentro. Los «REPORTERS» dejan de escribir y todos los personajes quedan pendientes de la escena que se desarrolla en primera derecha. Luego el PRACTICANTE

Juez ¿Qué, vamos, está usted ya mejor?

Román (¿Eh?... ¿Pero puede declarar?...)

(Los personajes están colocados en la forma siguiente Román de cara a los espectadores, lo más cerca posible de la puerta primera derecha Nieves, el señor Alfonss, la señora Micaela y la señora Antonia, cerca de la puerta del foro. Próximo a ellos el Portero. Y en primer término izquierda «Reporters» 1.° y 2.° Un fotó-

grafo y detrás Guardias 1.° y 2.° Y en el banco del foro, en el extremo opuesto a la puerta de la calle, el señor Estanislao.)

Juez ¿Dice usted que a eso de las once y media se hallaba usted en casa de Soledad, cuando del cuarto inmediato se oyeron voces como si regañaran dos personas? Muy bien. ¿Y oyó usted lo que decían? (Pausa.) ¡Ah! A ella, sí. ¿Y qué decía?... ¿Cómo? ¿Qué decía? (Pausa.) Tú... no puedes... dejarme ya... porque estás unido a mí... para siempre... ¿Eso oyó usted?

Román (¡Es verdad, eso dijo! ¡Ese hombre me pierde!)

Juez Y, ¿a él, no le oyó usted nada? (Pausa.) ¡Ah! El hablaba muy bajito... ¿Cómo? (Pausa.) ¿Y luego?... Un grito de angustia.. voces de auxilio... Sí, muy débilmente, claro, se comprende en el estado que se encontraba la pobre mujer... Usted salió para prestarla auxilio y... ¿Cómo? No se esfuerce usted, que le oigo muy bien. En el momento de salir usted se abrió la puerta del cuarto inmemediato... (Pausa.) Sí, sí, entendido.

Román (¿Me vería?)

Juez ¿Y vió usted un hombre con un puñal en la mano todo ensangrentado?

Román (¡Me vió! Entonces ..) (Buscando con los ojos la salida.)

Est. (¡Ah, le vió! ¡Gracias, Dios mío!)

Ant. Pero, Señor Onipotente, ¿qué es esto? (Los «reporters» tachan y escriben.)

Alf. Pues que no da usté ni una, señora Antonia. (En voz baja, naturalmente)

Mic. Usté está segura que se llama don Manuel, ¿verdad?

Ant. Como me llamo yo Antonia.

Nieves (Dando un suspiro.) No pueo ni respirar de lo interesantismo que es.

Juez ¿Eh? ¿Al oirle a usted pedir auxilio se dió a la fuga... y ya en la calle y en el mismo portal... se volvió contra usted... y le hizo los dos disparos? ¿Y no sabe usted quién es? (Pausa.) No, ¿verdad? ¿Pero le reconocería si le viera? (Todos los personajes estan anhelantes, pero principalmente Román y el señor Estanislao.) ¿Sí? ¡Ah!

(Estanislao da un suspiro de satisfacción.)

Román (¡Estoy perdido!) (Se apoya en la mesa para no caer.)

Juez Y usted, ¿cómo se llama? (Pausa.) ¡No! Pues ¿cómo? ¿Eh? No le oigo.

Ign. Ignacio Esteban.

Mic. (Desgarradoramente.) ¡Mi padre! (Sale corriendo en dirección de primera derecha.) ¡Padre! (Mutis.)

Nieves ¡Señor Inacio! (Hace mutis por primera derecha.)

Est. (Poniéndose en pie.) (¡El padre de Micaela!) (Y avanza hacia la puerta del foro.)

Román (¡Maldita sea!) (Y como ve imposible la huída, vuelve al segundo término y al mismo puesto que antes ocupó.)

Alf. (¡Rediez, y el señor Estanislao el asesino!) Y apostaba usté la cabeza que se llamaba don Manuel (A la señora Antonia.)

Ant. Y don Manuel se llama. Si lo sabré yo.

Alf. ¿Pero mejor que él, señora Antonia?

Prac. (Saliendo con el Alguacil que lleva en la mano un lío, se supone que de ropa. El Escribano que lleva en la mano varios papeles. El Juez.) Al fin sobrevino la conmoción, como desgraciadamente temíamos.

Juez ¿Y qué?

Prac. Que no llega a mañana. Con su permiso, señor Juez. (Mutis segunda derecha.)

Est. (Con ansiedad.) ¿Que no llega a mañana? Entonces... (El Juez le mira y después se pone a hablar con el Escribano.)

Mic. (Dentro.) ¡Ay, padre. pobrecito padre!...

Juez ¿Los porteros de la casa?

Alf. (Adelantándose con la señora Antonia.) Aquí estamos, señor Juez.

Ant. Verá usté, señor Juez; don Manuel...

Juez Silencio. Nadie le ha preguntado a usted nada. Quedan ustedes detenidos.

Alf. (A la señora Antonia.) (¿Qué dije yo? ¡A la horca nos mandan! Pa que hable usté.)

Juez (Por Román.) ¿Y ese quién es? ¡Chist! Usted... (Román se hace el distraído.)

Guar. 1.º Es el que ha traído al herido a la Casa de Socorro.

Román Y amigo de la familia.

Guar. 2.º Que por cierto, señor Juez, que se merece una recompensa, por su humanitarismo.

Juez ¡Ah! Perfectamente. Pues quédese usted ahora acompañando a la familia del herido,

y mañana, antes de las doce, se pasa usted por el Juzgado de Guardia.

Esc. (Presentando un papel al Juez.) Aquí está, señor Juez.

Juez (Tomando el papel y leyendo.) «Petra Ruiz y Gil... de treinta y nueve años... casada... con Estanisláo Sáenz. Este es el sujeto a quien hay que buscar, pues es el agresor.

Est. ¿El agresor?... ¡Dios mío, qué infamia!

Juez ¿Cómo?

Est. Que es inútil, señor Juez, que no le busquen. ¡Ese Estanislao Sáenz, marido de Petra Ruiz, soy yo!

Todos ¡Eh!

Juez ¡Silencio! (A los Guardias.) Ese es el asesino; préndanle ustedes.

Román (¡Me he salvao.) (Los Guardias se disponen a esposar al señor Estanislao.)

Juez Queda usted detenido e incomunicado.

Mic. ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Que se muere! (Sale. Al ver a Estanislao esposado.) ¡Estanislao! ¡Estanislao! ¿Qué es esto?

Est. ¡Una desgracia más!

Juez (Deteniéndola, pues quiere ir hacia él, e indicando a los Guardias que se le lleven.) Señora, está incomunicado.

(Mutis de todos los personajes por el foro, a excepción de la señora Micaela, Román y el Portero.)

Mic. (Como loca.) ¿Pero qué ha hecho?

Román ¡Una friolera! Matar a su mujer y asesinar luego a su padre de usted.

Mic. (Después de dudar unos momentos corre hacia el foro.) ¡Estanislao!

Ign. (Dentro.) ¡Micaela! ¡Hija! (Micaela se detiene.)

Nieves ¡Viene de seguida, señor Inacio! (Dentro.)

Mic. ¡Padre! (Yendo hacia donde la llama su padre.)

Román ¡Ea! Valor; aquí me tiene usted a mí, señora Micaela.

Mic. (Rechazándole.) ¿A usté?

Port. Pues es quien ha traído a su padre de usted a la Casa de Socorro, y a él solo le debe usted que viva todavía.

Mic. ¿Quiere usted pasar?

Román ¡No, no quiero verle, me impone mucho! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Comedor modestamente amueblado. Una mesa, un aparador, sillas, un sofá, unos cuantos cuadros por las paredes y un reloj de los llamados de pesas, bastante antiguo. Puertas en primero y segundo término derecha y al foro izquierda. En primer término izquierda un balcón.

ESCENA PRIMERA

La SEÑORA MICAELA y NIEVES tomando chocolate con buñuelos

Mic. ¡No puedo, no puedo con más chocolate! (Hace mutis, llorando, por el foro.)

Nieves Ni yo tampoco. Pero veré si me lo pueo tomar a fuerza de muñuelos. (Comiendo,) Los muñuelos no indigestan. Ahora, que los churros pa mí, como si se hubian muerto. Dende un día que me comí quince y tuve que tomar por su culpa la Carabaña, es que los he tomao una tirria, que ná más que veo un churro, que empezaría con él a bocaos. (Mete el dedo en la jícara, lo lame, etc. Dentro se oye un campanillazo.) Ahí está el señor Alfonso, que debe venir de la cárcel.

ESCENA II

NIEVES y la SEÑORA MICAELA, que sale por el foro con el SEÑOR ALFONSO. Al final de la escena ROMÁN

Mic. ¿Qué, viene usté de... allí?

Alf. (Muy triste.) De allí vengo. Pero yo no vuelvo. Si ese hombre no va derecho al cielo, es que

pasa como en toos laos: que no se entra más que por recomendaciones.

Nieves. Como que me dijeron a mí en la cárcel que como toos los presos fueran como él, se irían a vivir a la cárcel toas las personas decentes.

Mic. ¿Y cómo está?

Alf. Como siempre. Con una calma y tranquilidad que aterriza. Ahora, que emperrao en no verla a usté hasta que salga de la cárcel.

Mic. Ya me lo vuelve a decir en la carta de ayer. Me dice... (Buscando la carta por los bolsillos. La encuentra y se la da a Nieves.) Toma, hija; lee tú, que yo no puedo.

Nieves (Limpiándose las manos en el delantar para coger la carta.) (Ya la hemos leído más de doce veces.

Mic. Verá usté lo que me dice.

Nieves (Leyendo.) «Micaela, no sé qué me pasa leyendo tus cartas. ¡Si vieras qué pena me dan! En ellas me dices que me crees tan inocente como a ti misma, y, sin embargo, no por lo que escribes, sino por lo que dejas de escribir veo que dudas. (Nieves llora.) ¡Cuánto se piensa, y tó malo, desde una celda ande se está como asesino! Si dudas de mí, Micaela, haces mal...» Sí, señora, haría usté muy mal, señá Micaela.

Alf. (Llorando también.) Sí, señora, muy mal.

Mic. Monomanías suyas.

Nieves (Leyendo.) «Yo no he matao, yo no puedo matar a nadie.»

Alf. (Conmovido.) ¡Qué va a matar!

Nieves ¿Usté también cree en su inocencia? ¿Verdá usté, señor Alfonso?

Alf. Como que creen en ella hasta los jueces, que por lo general no creen en la inocencia de nadie.

Nieves (Leyendo.) «Pero la declaración de aquella desgraciada, Dios la haiga perdonao... la coincidencia de tener proyectada nuestra boda, y hasta las declaraciones de las personas que me quieren bien, tó parece que se ha conjurao en contra mía para perderme...» (La interrumpe el llanto.) Y ahora que me acuerdo, lo que es usté dió una declaración...

Alf. ¿No ves que estaba muerto de miedo? Y luego, que en el Juzgao no hacían más que amenazarme: Si no dice el testigo la verdad, incurrirá en el artículo tantos... Si oculta

algo, el artículo tantos le castigará a tantos... Pero ya lo arreglaré yo el día de la vista...

Nieves — No lo vaya usté a estropear más. (Leyendo.) «Sólo tu padre podría salvarme, y eso, desgraciadamente, es imposible. Si me quieres, confía y espera como yo. Mi agradecimiento a cuantas personas se interesan por mí, mil cosas al señor Alfonso...»

Alf. — ¡Entavía me manda mil cosas! ¡Después de aquella declaración!

Nieves — Y... y... (Sin atreverse a seguir leyendo.)

Mic. — Lo demás es reservao. (Se guarda la carta.)

Román — (Por el foro.) Buenos días. (Señalando la segunda derecha.) Está ahí, ¿verdad? (Mutis por segunda derecha.)

Alf. — Pero, señá Micaela, ¿es Román ese que acaba de entrar, u es que soy sonámbulo?

Nieves — Sonámbulo, pué que sea usté sonámbulo; pero ese que ha entrao ahora es el señor Román.

Alf. — ¿Y usté aceta las visitas de ese hombre?

Mic. — ¿Usté sabe lo que ha hecho por mi padre, señor Alfonso?

Alf. — (En el colmo de la indignación.) ¡Señá Micaela!...

Mic. — Pero, ¿es que se cree usté que viene por mí?

Alf. — ¡Quia! Viene por mí.

Nieves — (¡Pué que venga por mí!)

ESCENA III

NIEVES, la SEÑORA MICAELA, el SEÑOR ALFONSO y el SEÑOR IGNACIO, que sale con una venda negra por los ojos, por segunda derecha, apoyado en ROMÁN, que muestra gran solicitud. Al verle salir, NIEVES le prepara un sillón cerca de la mesa

Ign. — (Dentro.) ¡No, no y no!

Alf — (Con pena.) ¡El señor Ignacio!

Ign. — (Saliendo.) No me lleves la contraria, tú que no me la llevas nunca, Román, hijo.

Román — (Ayudando a Nieves a sentarle.) Si es que no quiero que piense usté en eso, señor Ignacio.

Nieves — ¡Ea! ¿Está usté a gusto? (Se queda a su lado cuidando de él.)

Ign. — (Con honda pena.) ¡Porra! ¡Que no piense en eso! ¿Pues en qué quiés que piense?... ¡Si no duermo, porra, si no vivo!...

Mic. ¡Padre! (¡Qué pena me da verle!)

Román ¡Señor Ignacio!

Ign. ¡Dejarme! (Solloza.)

Nieves ¡Señor Ignacio, no llore usté, que ya sabe lo que le han dicho!

Ign. (Excitándose.) ¡Quisiá coger entre mis manos a ese asesino de Estanislao!...

Mic. Pero si no ha sido él, padre, si no ha sido él. Si Estanislao es incapaz de matar a nadie.

Alf. Bien se ve que no le conoce usté, señor Ignacio. Una Nochebuena le regalé yo un pollo y se murió de viejo. ¡Bueno es él para hacer daño ni a un pollo!

Ign. ¿Quién está ahí?

Nieves El señor Alfonso. (Este quiere contestar, pero no puede. Le ahogan las lágrimas.)

Ign. (Siempre con su preocupación.) ¡Canalla!... ¡Canalla!... ¿Yo qué le hice para que me dejara ciego?... (Con desaliento tristísimo.)

Mic. (¡Qué pena, Dios mío, qué pena!) (Llora silenciosamente. Nieves y Alfonso hacen cada puchero que da compasión.)

Ign. Micaela, hija mía; ¿ande estás?

Mic. (Acercándose con fingida alegría.) Aquí, padre, aquí.

Ign. Ven, hija, ven... Así. (Tocándola la cara.) No te veo, hija, no te veo... ¡Ya no te veré más!

Nieves (Llorando.) Pero la tocará usté, señor Ignacio.

Mic. (Separándose un poco para limpiarse las lágrimas.) Que reñimos, padre.

Román (Aparte al señor Ignacio.) Hágala usté que jure que no se casará nunca con él.

Ign. Ven, y júrame, hija mía, que no te casarás nunca con Estanislao.

Mic. Yo le juro a usté que no me casaré nunca con el canalla que ha dejao ciego a mi padre. ¡Muerta, cien veces muerta, antes que casarme con él, sea quien sea.

(Ignacio vuelve a caer en su melancolía.)

Alf. ¡Pero señor Ignacio, que va usted a concluir por volverse loco!

Ign. Yo lo vi, Román... (Poniéndose nerviosamente en pie y muy excitado Román se separa.) ¡Román, Román! ¿Ande estás?

Román (Con cierto temor.) Aquí, señor Ignacio.

Ign. (Cada vez más excitado.) Yo oí cometer el cri-

men, Román; yo lo oí todo. La víctima suplicaba por su cariño y lloraba, lloraba con una pena... Luego se oyó un golpe seco y un ¡ay! de agonía. Yo no pude resistir más y salí. No se oía nada. De pronto se abrió la puerta del cuarto de al lao, y... ahí, (Señalando a donde está Román.) frente a mí estaba el asesino. Todavía llevaba en la mano el puñal to ensangrentao. (Avanza unos pasos y tropieza con Román, al que sujeta nerviosamente por un brazo.) Al verme dió un grito...

Román (Sin poderse contener.) ¡Ah!...

Ign. ¡Igual, Román, igual! Parece que lo he oído otra vez. Luego tiró el puñal; pero la sangre aún le quedaba en las manos. Yo quise gritar, pero no pude, y salí corriendo. Detrás venía el criminal, y yo corría, corría... (Jadeante.) Pero estaba aquello tan alto, que me faltaban las fuerzas y sentía que me daba alcance. Por fin, ya cerca de la calle, pude gritar.

Román (Inconscientemente.) ¿Y por qué gritó usté?

Nieves ¡Mía éste ahora! De miedo.

Ign. ¡De miedo, Román, de miedo! Me había alcanzao y me sujetaba...

Román Por el cuello...

Nieves ¿Eh?

Mic. ¿Cómo?

Alf. ¿Qué?

Román (Serenándose y muy tranquilo.) Supongo que del cuello para que no gritara usté.

Ign. Sí, eso es, pa que no gritara. Entonces sacó una pistola del bolsillo y, sin darme tiempo a defenderme, disparó. Y vi cómo me apuntaba, y vi cómo me dejaba ciego para siempre. (Llora.)

Nieves (Ingenuamente.) Y si le vió usté apuntar, ¿pa qué no volvió usté la cabeza pa otro lao, señor Ignacio?

Mic. (Lloriqueando.) Esto no pué ser, padre, se está usté matando.

Alf. (Llorando.) Y nos está matando a tós.

Ign. Bueno, ¡ea, porra! Ya no pienso en ello... No te incomodes, Micaela, hija; ya seré bueno y no pensaré más que en lo que vosotros queráis. Anda, Román, llévame al balcón pa sentir el sol, ya que no pueo verlo.

Mic. ¿Otra vez?

Ign. Si lo digo alegre, hija. Ya ves, me estoy riendo. (Hace mutis con Román por segunda derecha.)

Alf. ¿De modo que ese hombre se ha introducido aquí disfrazao de Hermana de la Caridad?

Mic. Pero, ¿usté sabe lo que ha hecho por mi padre, señor Alfonso?

Alf. ¿Y usté sabe lo que ha hecho con el señor Estanislao?

Mic. ¡Eso es una calumnia!

Alf. ¿Calunia? (A Micaela que quiere hablar.) Ni una palabra más, señá Micaela; usté y yo semos incompatibles. (Y con dignidad cómica hace mutis por el foro.)

Mic. Pero, señor Alfonso... ¿Has visto, Nieves? ¿No nos ha explicao Román bien claro lo que ocurrió, y que no fué más que una equivocación de Estanislao?

Nieves ¿Qué me va usté a contar a mí? Igual pasa en la novela que estoy yo leyendo. Son un señor marqués y un señor conde que se llevan talmente como hermanos. El señor Román y el señor Estanislao. Pero la mujer del señor marqués, por una de esas cosas que hay, sale un poco revoltosa—como doña Petra, Dios la haiga perdonao, que por cierto se va a ver negra—, y se fuga con el cochero. Ya ve usté, pa el marqués un doble deshonor. Revoltosa y además con el cochero. ¿Qué hace el señor conde? Pues lo mismo que elseñor Román. Va a buscar a la marquesa, pa convencerla que mejor que con el cochero se está con el amo. Y va ¿y qué cree el señor marqués? Pues que se ha fugao con el señor conde. Bueno, miste, da congoja de cómo ponen entre tós al señor conde. Pero lo que se dice el señor conde: el día en queresplandezga la justicia me voy a hinchar de decirle cosas al señor marqués.

Mic. El comportamiento de ese hombre dice quién es. En cuanto se enteró que era con el señor Estanislao con quien estaba pa casarme, me pidió mil perdones y me dijo: «Usté dispense que la haiga molestao. No sabía que era usté cosa de ese hombre, que pa mí es sagrao, aunque una calumnia le haya hecho creer otra cosa. Ya llegará un día en que se aclaré tó.»

Nieves El día en que resplandezga la justicia. Y entonces se va a hinchar de decirle cosas, como el señor conde.

Mic. ¡Cuándo llegará ese día, Señor!... En fin, hija, vamos a arreglar un poco esto, que esa chica no se ocupa de ná de la casa.

(Nieves, sin que la vea, da un bocado en una libra de chocolate que hay encima del aparador, recogiendo las dos jícaras y haciendo mutis por el foro.)

ESCENA IV

ROMAN, por segunda derecha; luego NIEVES y SOLEDAD, por el foro

Román (Sale, se sienta cerca de la mesa y se pone a fumar con gran tranquilidad.) Lo que es la vida. Siempre que... aquella me llamaba su marido, me daba un asco, y sentía así una cosa... Y aquella monomanía suya me ha salvao. Porque el señor Ignacio..., claro, que mejor hubiese sido que no hubiese fallao la maldita pistola y... Pero, ¡bah!, en el hospital me dijeron que quedaba ciego pa siempre; y siendo así casi es mejor lo que ha ocurrido, pues cuento con él para convencer a la señá Micaela, que cuando vea que el señor Estanislao va, cuando menos, a presidio pa toa su vida, aunque no sea más que por complacer a su padre, concluirá por casarse conmigo y ya he resuelto mi porvenir pa siempre.

(Por el foro sale Nieves acompañando a Soledad.)

Nieves ¿El señor Román? Aquí le tiene usté. (Vase.)

Sol. ¡Gracias a Dios!

Román ¡Eh!... ¿Quién?... ¡Tú!... (Aterrado.) ¡Soledad! (A media voz.)

Sol. (En el mismo tono.) ¿No me esperabas? Si yo también estoy en Madrid.

Román ¿Qué quieres?

Sol. (Con gran desparpajo.) Ya lo sabes, que cumplas tu palabra.

Román ¿Eh?

Sol. (Amenazadora y con gran energía.) ¿Pues qué te habías pensao, que se pué engañar a una mujer como yo? ¡Cá! Ahora no tiés disculpa, ya estás viudo.

Román ¡Calla!

Sol. No tengas cuidao que no vengo a armarte un escándalo. (Con odio reconcentrado.) No vengo más que pa preguntarte una cosa. ¿Estás dispuesto a cumplir conmigo ó sigues emperrao en perseguir a esa desdichá de la señora Micaela?

Román (Con miedo.) ¡Que no te oigan!

Sol. Contesta.

Román (Desafiándola.) Pues bien, sí.

Sol. (Hecha una fiera, avanzando hacia él.) Que... (Conteniéndose y con ira reconcentrada.) Pues mialas; eso no lo conseguirás nunca.

Román ¿Que no?

Sol. No. Pa evitarlo soy capaz de tó, ¿lo oyes bien?, de tó.

Román ¿Y qué pués hacer tú?

Sol. (En fiera y levantando la voz.) ¿Que qué puedo hacer yo?

Román (Cogiéndola por un brazo.) ¡Chist!

Sol. ¡Suelta! (En voz baja y con ira reconcentrada.) Pa evitar eso soy capaz hasta de matarte.

Román Bueno, vete ya. (Empujándola hacia el foro.)

Sol. No lo olvides, Román, hasta de matarte. (Hace la cruz, jura y hace mutis.)

Román (Despectivo.) ¿Matarme?... ¡Bah! (Pausa.)

ESCENA V

ROMAN y la SEÑORA MICAELA, que sale por el foro y va a hacer mutis por la segunda derecha

Román (Llamándola.) ¡Chist! Está durmiendo.

Mic. Es cuando se olvida un poco de su desgracia. (Yendo donde está Román. Se sienta.) ¿Y qué noticias hay, Román?

Román Malas. ¿Qué noticias quiere usté que haya? Eso es cosa perdida, desgraciadamente. Cuando menos, cadena perpetua.

Mic. ¡Calle usté, Román! ¡Dios no puede consentir que se realice esa infamia, porque es inocente!

Román Yo creo lo mismo, pero...

Mic. ¿Qué?

Román Que lo que hace falta es probar su inocencia. ¡Una tontería! Para ello es preciso nada menos...

Mic. ¡Que mi padre vea, Román!

Román (Sonriéndose.) ¡Una pequeñez!

Mic. Y mi padre verá antes de ocho días.

Román (Dando un salto,) ¡Eh! ¿Qué ha dicho usté?... ¿El señor Ignacio?

Mic. El señor Ignacio, según el médico que le asiste, y que, si Dios quiere, hoy le hará la operación, recobrará la vista dentro de una semana. Y como estoy tan sola, ya que quié usté tanto a mi padre, quédese usté hoy con nosotros, Román.

Román ¿Yo?...

ESCENA VI

DICHOS y NIEVES, y en seguida el DOCTOR y el AYUDANTE

Nieves El señor médico, seña Micaela, con un amigo.

Mic. Con el ayudante, mujer, ¡qué amigo! (Mutis de Nieves.)

Román (Yendo rápidamente al foro.) (¡Yo me voy!)

Mic. Pero, Román, ¿se va usté?

Román (A poco me pierdo!) (Deteniéndose.)

Nieves (Por el foro con el Doctor y el Ayudante.) Asiéntense ustedes.

Doctor ¿Y el enfermo?

Mic. Desesperao, como siempre. Ahora paece que se ha dormido un poco.

Doctor ¿Usted hizo cuanto yo la indiqué y él no sabra?...

Mic. No; él cree que se trata de una operación preparatoria. (El Doctor habla con el Ayudante.)

Nieves (¿Qué le irán a hacer?)

Mic. (Haciendo una seña a Nieves para que vaya con ella.) Padre... padre... (Mutis por segunda derecha.)

Nieves Señor Inacio, señor Inacio, que tié usté visita. (Mutis segunda derecha.)

Ayud. Descuide usted, maestro; traigo todo lo que me indicó en su lista. (Y se retira un poco para repasarla.)

Román ¿Y tiene usté mucha confianza en que salga bien, Doctor?

Doctor Sí señor.

Román ¿Pero está usté seguro?

Doctor (Secamente.) Responder, no respondemos de nada.

ESCENA VII

ROMAN, el DOCTOR, el AYUDANTE y el SEÑOR IGNACIO, que sale por segunda derecha, apoyado en NIEVES y en la SEÑORA MICAELA

Ign. ¡Porra, qué sueño, hija mía! Ná, que me desperté por la mañana, que abrí los ojos y... ¡vi, vi! Micaela, hija, vi como antes veía. Y señalando a Estanislao, dije: ¡Ese es el asesino! Y tú te casabas con Román.

Mic. ¡Padre!

Nieves Y yo era la madrina, ¿verdad usté, señor Inacio?

Doctor Vamos, vamos...

Ign. ¿Quién esta ahí?

Doctor ¿No me conoce usted?

Ign. ¡Ah! ¿Es usté, doctor? ¡Cómo se reirá usté de mí al oirme decir eso!

Doctor Ya sabe usted lo que le tengo dicho: en cuanto se me desespere o me llore y no esté tranquilo, le abandono.

Ign. (Angustiosamente.) ¡No, no; eso no! ¡Hija, dile que no! Hoy he estao riendo tó el día. ¿Verdad, Micaela? ¿Verdad, Nieves?

Nieves ¡Anda, se ha pasao toa la mañana cantando! (¡Dios me perdone esta mentira!)

(El señor Ignacio la sonríe.)

Doctor Eso es lo que hace falta. ¡Ea! vamos a ver cuándo tenemos esos ojos en disposición de ser operados.

Ign. (Muy triste y casi llorando.) ¡Cuanto antes, Doctor, cuanto antes! ¡Si usté supiera qué horrible es esta noche continua! Es pa volverse loco, pa... (Desesperándose.)

Doctor ¡Eh! ¿Qué es eso?

Ign. (Riendo como chico a quien cogen en falta.) ¡Porra, la única vez que me he incomodao, la única! Y Román, ¿se ha marchao?

Mic. No, padre; ahí está.

Ign. ¿Quiés ver cómo me curan, Román?

Román (Apresuradamente.) No, no.

(El Ayudante se encarga del ciego, poniéndose en disposición de hacer mutis en este orden: Por primera derecha, el Ayudante y el señor Ignacio, y después el Doctor. En el momento de hacer mutis, la señora Mi-

caela aparta un poco al Doctor y le dice con súplica angustiosa:)

Mic. ¡Doctor!...

Doctor Señora, nosotros haremos lo que sepamos... lo demás, pídaselo usté a Dios. (Mutis, por primera derecha, del Doctor con el señor Ignacio y el Ayudante. Román aprovecha estos momentos y vase por el foro.)

Mic. Nieves, hija, tú que eres una niña, pídeselo tú a Dios, que te hará más caso que a mí.

Nieves Sí, señora.

Mic. Pero pídeselo con toa tu alma, con tó tu corazón. (Mutis por segunda derecha.)

Nieves Sí, señora, sí; con tó mi corazón

ESCENA VIII

NIEVES, arrodillándose

Señor, tú que tó lo puedes, y tienes en tu mano la vida de tós nosotros, haz un milagro. Redime al pobrecito señor Ignacio de ese suplicio; saca de la cárcel a ese infeliz del señor Estanislao, que ya ha sufrido bastante. Que se vea tu divina mano, Señor; que resplandezga la verdad, que se sepa quién es el verdadero culpable, y te prometo no molestarte más pidiéndote que me concedas un novio que me hace mucha falta. Señor, concédeme esto que te pido y estamos en paz. (Se oye ruido.) ¿Qué es eso? (Se levanta y se aproxima a la puerta primera derecha, desde donde queda observando.)

ESCENA IX

NIEVES y ROMAN; luego la SEÑORA MICAELA

Román (Que sale desencajado por el foro.) Es peor huir. Si ese hombre, al fin, recobra la vista, al ponerle frente al señor Estanislao, dirá: «No es este el asesino.» Y si he huído, entrarán en sospechas y me buscarán, y sin dinero se le encuentra a uno en seguida. (Pausa.) Hay que estar aquí... El médico no responde... Puede fracasar... No todos salen bien. Pero

si acierta... Yo me pierdo para siempre, pero a ese tío ladrón le pego un tiro. Me falta aire... No me tengo. (Se deja caer hecho un guiñapo en una silla.)

Nieves (Separándose rápidamente.) ¡Ya!...

Mic. (Saliendo rápidamente por segunda derecha.) ¿Qué, hija?

Nieves Que ya... (Está agitadísima y muy nerviosa.)

Román (Con pánico espantoso.) ¿Que ya ve?...

Nieves No, toavía, no. Que ya empieza la operación.

Román ¡Ah!

(Micaela empieza a pasear nerviosamente, como loca, por el foro. Román se aproxima a la puerta primera derecha y allí queda observando.)

Nieves (Arrodillándose otra vez.) Señor, óyeme. Ya sé que soy una insignificancia, Señor, pa que me escuches, y que tiés muchas cosas que hacer para ocuparte de este desperdicio, pero, tú... Perdóname, Señor, que te tutee, que no sé lo que me hago. Pero usté, Dios mío, no podrá consentir una injusticia tan grande. El pobre señor Ignacio es bueno, tú lo sabes, Señor. Sí, sí, un poco pindongo, pero bueno. El bendito San Pedro también lo era, Señor, y tú le perdonaste. Y el otro, Señor, el otro, ese infeliz del señor Estanislao, que ya conoces, y que se ha llevao toa su vida sufriendo, ¿no tié derecho a un poco de descanso? Ya le has probao bastante. Mia que cuarenta y tantos años y que si le sigues probando, se le va a ir la vida en pruebas.

ESCENA X

DICHOS, el DOCTOR, el AYUDANTE y el SEÑOR IGNACIO

Doctor (Dentro.) No, mire usté hacia allá.

(Román se separa rápidamente de la puerta.)

Mic. ¿Eh? (Medio loca se va hacia puerta del foro. Nieves se acerca a la primera derecha.)

Román ¿Ya?

Nieves ¡Ya!

Ayud. (Desde la puerta primera derecha.) Dejen esta habitación con muy poca luz. (Vase.)

Mic. ¿Qué?... ¿Cómo, Doctor?

(Nieves se dispone a ejecutar la orden del Doctor, echa las persianas y entorna las maderas.)

Román Pero, ¿vé?...

Ign. (Dentro. Dando un grito de alegría.) ¡Ah, Micaela, hija!

Mic. ¡Padre!

Nieves ¡Ay!

Ign. (Dentro.) ¡Qué veo, hija, qué veo!

Román ¡Me perdió! (Sale corriendo hacia la puerta del foro y Nieves y la señora Micaela hacia primera derecha en el momento que sale el Doctor, deteniéndolas en la misma puerta.)

Doctor ¡Quietas! (Román queda parado en la puerta del foro, pues se disponía a hacer mutis. Sale el Ayudante con el señor Ignacio, quedando en la puerta primera derecha. El Doctor le pone mirando hacia la puerta del foro y le quita la venda.) Mire usted hacia allí. (Pausa.) ¿Ve usted? (Pausa.)

Ign. (Desgarradoramente.) ¡No veo, no veo! (Le ponen otra vez la venda.)

Mic. ¡Padre!

Ign. (Cayendo en sus brazos.) ¡Hija!...

Nieves ¡Ay, ay, ay! (Llorando como una chica que es.)

Doctor Me parece que hemos fracasado en la operación. (Telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Una sala de la Audiencia de Madrid. A la derecha un estrado con el Presidente de Sala y los Magistrados correspondientes. Alrededor, los Jurados y abajo en un plano inferior, convenientemente separados de la mesa del Presidente, una a cada lado, dos mesas que utilizan el Fiscal y el Abogado defensor. En el centro, más próxima a la mesa del Presidente, la del Relator. Fuera de esta línea, más detrás y frente a la Presidencia, el banquillo de los acusados, aislado con una barandilla que le circunda. En primer término derecha, una puerta chiquita. Todo el término izquierda, lo ocupa la tribuna pública. En uno de los términos tiene su puerta correspondiente. Al foro izquierda, puerta grande que da entrada a la sala.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR ESTANISLAO, que ocupa el banquillo de los acusados. Una pareja de la Guardia Civil que le custodia. Y en sus respectivos puestos, ya señalados al reseñar la escena, el PRESIDENTE, los MAGISTRADOS, el JURADO, el ABOGADO defensor, el FISCAL y el RELATOR, el señor ALFONSO declarando, un UJIER a la puerta y el público en la tribuna

Pres. Haga el favor el testigo de recordar bien la declaración que tiene prestada, pues cada día dice una distinta.

Alf. (Es que me hago un lío.)

Pres El testigo asegura que sujetó al procesado...

Alf. Sí, señor; le sujeté. Pero no fué por miedo a que matara a doña Petra, pues el señor Estanislao es incapaz de matar a nadie.

Pres. En su primera declaración dice usted lo contrario.

Alf. Pues ahora digo lo contrario que en mi primera declaración.

Pres. ¿Y cuándo ha dicho la verdad?

Alf. Ahora.

Pres. ¿Y por qué mintió entonces?

Alf. Yo no mentí.

Pres. Entonces miente usted ahora.

Alf. No, señor; tampoco.

Pres. ¿Eh?... ¡Mire el testigo lo que dice!

Alf. Sí, señor; ya lo miro.

Abog. El señor Presidente dice al testigo que conteste escuetamente a las preguntas que se le hacen y se deje de circunloquios.

Alf. ¿De circunloquios?... (Deja la gorra en el suelo.) Sí, señor; dejao. (Pausa.)

Pres. (En vista de que no contesta.) ¿Ha entendido usted a la defensa?

Alf. No, señor. (Carcajada en la tribuna.)

Pres. (Impone silencio con la campanilla.) Resumiendo: ¿Usted sujetó o no sujetó al procesado?

Alf. Sí, señor.

Pres. Por miedo a que atentara contra la vida de la víctima, ¿no?

Alf. No, señor.

Pres. Entonces, ¿por qué le sujetó usted?

Alf. (Yo no sé qué decir pa salvar al señor Estanislao.) Pues le sujeté... por el gusto de que se estuviera un rato más conmigo.

Pres. ¿Tiene usted algo más que decir?

Alf. Sí, señor.

Pres. Dígalo.

Alf. Pues que el señor Estanislao no es el autor de la muerte de su mujer.

Pres. ¿Usted puede probar eso que dice?

Alf. No, señor. Es una opinión. (Carcajada.)

Pres. Aquí nadie le ha pedido a usted su opinión. ¿Era eso solo lo que tenía que manifestar?

Alf. Na más, sí, señor.

Pres. Pues puede usted retirarse.

Alf. Con mucho gusto.

Pres. (Al Ujier que va a hacer mutis con el señor Alfonso.) Que pase la testigo Nieves Paniagua.

(Hace mutis el Ujier por el foro con el señor Alfonso, volviendo en seguida con Nieves.)

ESCENA II

DICHOS, menos SEÑOR ALFONSO. NIEVES. Después ROMÁN

Pres. ¿La testigo se llama?...

Nieves Nieves Paniagua.

Pres. ¿Nada más?

Nieves ¿Le parece poco Paniagua al señor Presidente?

Pres. Pregunto que si no tiene usted más que un apellido.

Nieves Pues no he reparao hasta ahora.

Pres. Usted vive con Micaela Esteban, ¿desde cuándo?

Nieves Pues desde hace seis años, tres meses, quince días y lo que va de este.

Pres. ¿En calidad de sirviente?

Nieves Según se mire.

Pres. ¿Cómo según se mire?

Niev. ¿No cobran tos los sirvientes los primeros de mes?

Pres. Claro.

Nieves Pues yo lo mismo cobro a primeros que a últimos.

Pres. Pero, ¿una cantidad fija?

Nieves No, señor; depende de lo que haiga hecho y del humor que esté la seña Micaela. (Indica que son golpes.)

Pres. Y antes de vivir con esta señora, ¿qué hacía usted?

Nieves Vendía alfileres de cabeza negra.

Abog. ¿Qué concepto le merece a la testigo la Micaela Esteban?

Nieves ¿Eso va con segunda?

Pres. Conteste a la pregunta de la defensa y absténgase de hacer conjeturas injuriosas a la sala. Piense la testigo que la sala no hace nada con segunda intención.

Nieves La sala, no, señor; pero ese caballero que está en la sala...

Fiscal ¿Cree la testigo que el procesado puede haber sido inducido al crimen por la citada Micaela?

Nieves ¡Ave María Purísima, qué barbaridad!

Pres. (Interrumpiéndola agitando la campanilla.) Retire esas palabras molestas para la sala.

Nieves (¡Caray, con la sala!)

Pres. (Agitando la campanilla.) Que retire usted esas esas palabras molestas para el señor Fiscal.

Nieves Pues que retire el señor Fiscal las que ha dicho él molestas pa la señá Micaela.

Pres. Si continúa la testigo de esa forma, será expulsada de la sala.

Nieves Bueno, bueno; no se ponga usté así; las retiro.

Abog. ¿Recuerda usted cuál fué el último día que fué Román por el puesto?

Nieves El día del crimen. Por cierto que, calle usté, ahora me recuerdo de una cosa que no sé si interesará a estos señores que están en la sala.

Pres. A la sala le interesa todo.

Nieves Pues verán ustés: es el caso que aquella mañana, al irnos la señá Micaela y yo del puesto, por ver si se aburría así el señor Román y se iba, yo, por curiosidad, volví la cabeza para ver si venía detrás...

Pres. ¿Y qué?

Nieves Que venía detrás, pero no pudo alcanzarnos porque se tropezó con una conocida.

Pres. ¿Y usted, por qué sabe que era conocida?

Nieves Toma, porque al tropezar con él, le dijo: «¡Por fin, hombre; ya es hora de verte!»

Pres. ¿Y qué señas tenía ella?

Nieves Solo la ví de espaldas. Pero era de esta estatura. (La de la actriz que interprete el personaje de Petra.)

Est. ¡(Dios mío!)

Pres Que pase el testigo Román Fernández. (Pausa. Hace mutis el Ujier y vuelve con Román. Al verle entrar.) Es simplemente para hacerle una pregunta.

Román Estoy a las órdenes del señor Presidente.

Pres. Recuerda el testigo quién era la mujer que acompañaba por la Cabecera del Rastro la mañana del día que se desarrolló el suceso?

Román (Sin darse cuenta e ingenuamente.) La Petra, señor Presidente...

(Espectación.)

Abog. ¡Ah!

Román (¡Maldita sea!) No, no, señor Presidente...

Pres. ¡Silencio! ¿No declaró el testigo que no había vuelto a ver a la víctima desde que esta se fugó con su amante de casa del procesado?

Román Y así es, señor Presidente. Es que entendí mal la pregunta.

Pres. La testigo Soledad García.

(Mutis del Ujier.)

Román ¿Pero quién me vió? (Medio aparte.)

Nieves (Que no le quita ojo.) Menda.

Román (Amenazándola.) (¡Maldita sea!)

Nieves ¡Que me quié pegar, señor Presidente!

Pres. (Agitando la campanilla.) ¡Silencio!

(Sale Soledad.)

Nieves ¡Miá el tío este ahora!... (Muy rabiosa da un mordisco a una onza de chocolate que saca de un bolsillo.)

ESCENA III

DICHOS y SOLEDAD

Pres ¿Promete la testigo Soledad García, que voluntariamente se presenta a declarar en esta vista, decir verdad a cuanto se la pregunte?

Sol. Lo prometo.

Pres. ¿Conoce la testigo al procesado?

Sol. No, señor; a quien conozco es a Román.

Pres. ¿Dónde le conoció?

Sol. En Buenos Aires, con su mujer Petra Ruiz. (En la tribuna se oye un ¡ah! de asombro; se nota un gran revuelo.)

Román ¡Miente!

Pres. ¡Silencio!

Sol. Allí al menos se le tenía por matrimonio. Y bien que se llenaba ella la boca de decir que Román era su marido.

Román ¡Miente, miente!

Sol. No, ya sabes que no miento. Tú mismo, cuando me engañaste, me digiste que no podías cumplir conmigo por estar casado con Petra.

Román Eso es mentira, señor Presidente. Esta mujer no me ha visto nunca.

Sol. Yo después me vine a España y ya no volví a saber más de él, hasta el día del crimen por la mañana, que me encontré con Petra en el portal de casa.

Abog. ¿Y qué le dijo?

Sol. Que hacía cinco días que habían llegao a Madrid. Yo entonces le pregunté por su marido y ella me dijo que estaba tan bueno y

que al día siguiente se lo iba a presentar a tóos los vecinos, pa que vieran que tenía marido de veras.

Román ¡Esa mujer miente pa perderme, señor Presidente!

Pres. ¡Silencio!

Nieves (¡Mi madre! ¿Si será el criminal?) (*Se separa con cierto miedo y vuelve a dar otro mordisco al chocolate.*)

Sol. Luego por la noche al retirarme...

Román Calla, mala mujer...

Sol. No, no callo. Ya te dije que lloraríamos tóos. (*El Presidente agita la campanilla.*)

Abog. Siga la testigo.

Sol. Pues como digo, por la noche me los encontré camino de casa.

Román (*Ya loco.*) Pero no subí. (*Sin darse cuenta.*)

Sol. Sí subió, señor Presidente, que yo le oí hablar momentos antes de cometerse el crimen.

Román ¡Calla, calla, maldita! (*En vista del gran revuelo que se promueve en la tribuna pública, el Presidente agita furiosamente la campanilla.*)

Pres. (*En pie y gritando, y sin dejar de agitar la campanilla.*) ¡Silencio! ¡Silencio, o mando desalojar la tribuna!

Sol. El lo ha querido. ¡Pa qué me has engañao! (*Llorando.*)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EL FORENSE, EL SEÑOR ALFONSO y la SEÑORA MICAELA, que sirven de lazarillos al SEÑOR IGNACIO

For. Con la venia de la Sala. Señor Presidente: el testigo Ignacio Esteban se encuentra a disposición de esa Presidencia.

Pres. Que pase, que pase. (*Hace mutis el Forense. Expectación en la Sala. Sale el señor Ignacio llevado por la señora Micaela y el señor Alfonso.*)

For. Sería conveniente dejar la sala envuelta en cierta oscuridad, pues el enfermo se encuentra recién operado. (*Al salir el señor Ignacio se nota cierto revuelo en la tribuna pública. Pausa. El Forense corre la cortina.*)

Pres. Jura el testigo que vió al autor de la muerte de Petra Ruiz?

Ign. Lo juro.

Pres. ¿Y está seguro de que le reconocería si le volviera a ver?

Ign. Seguro, seguro, señor Presidente. (Le quita las gafas el Forense.)

For. (Al señor Ignacio, que se quiere llevar las manos a los ojos.) ¡Quieto!

Pres. Vuélvase el procesado. (Estanislao da frente al señor Ignacio, que se le queda mirando muy fijo. Pausa. Gran ansiedad; los Jurados y el público se ponen en pie.) Acérquese. (Se acerca lentamente.) ¿Es ese?

Ign. ¡No!

(¡Ah! de satisfacción en la tribuna pública y aplausos. La señora Micaela se tiene que apoyar en Alfonso.)

Pres. (Agitando la campanilla.) ¡Silencio! ¡Silencio! ¿Está seguro el testigo de lo que dice?

Ign. Lo juro por la salvación de mi alma; ese hombre es inocente.

(El Abogado se levanta y habla con el Presidente.)

Est. ¡Gracias, Dios mío!

(Se reproduce el escándalo en la tribuna.)

Pres. ¡Silencio! (Agitando la campanilla.) Que avance el testigo Román Fernández. (Román quiere huir, pero le detiene el señor Alfonso.)

Alf. (Empujando a Román.) Ande usté.

Ign. (Al ver a Román.) ¡Ah! ¡Este, éste es el criminal! (Corre a abrazar a Micaela.) ¡Hija!

Pres. Queda usted detenido.

Est. (Corriendo hacia Micaela.) ¡Micaela!

Mic. ¡Estanislao!

Alf. ¡Señor Estanislao! (Le abraza y le da un beso.) Ahora sí que le vemos a usté en el almanaque: «San Estanislao, trapero, tres veces virgen y tres veces mártir.» (Se abrazan.)

(Cuadro. Forman grupo el señor Ignacio, Alfonso, Nieves, la señora Micaela y el señor Estanislao. El público, en pie, avanza sobre la barandilla y aplaude. De pie el Presidente y los Magistrados, y al lado de la mesa y también de pie, el Relator, el Abogado defensor y el Fiscal. En el foro, último término, Soledad llorando y Román, entre la Guardia civil, va haciendo mutis lentamente por el foro.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El bufete.—Sainete.

El crimen pasional.—Apropósito cómico-lírico. Música del maestro V. Lleó.

La casa de socorro.—Entremés lírico. Música del maestro V. Lleó. (Agotado.)

El cortijo de la gloria.—Zarzuela. Música del maestro A. Borrás.

Las lindas paraguayas.—Apropósito cómico-lírico. Música de los maestros Foglietti y Aroca.

Con toda felicidad.—Entremés traducido al italiano. (Segunda edición.)

Las lindas perras.—Sainete lírico. Música de los maestros Calleja y Luna.

El machacante.—Melodrama en dos actos. (Agotado.) Refundido en un acto por sus autores con música de los maestros Quislant y Badía.

Los hombres que son hombres.—Sainete lírico en dos actos. Música del maestro Gerónimo Giménez.

Los cadetes de la reina.—Zarzuela. Música del maestro Luna. Traducida al portugués y al italiano. (Segunda edición.)

Eva, la niña de la fábrica.—Arreglo de la opereta del mismo título de Lehar

Las mujeres malas.—Comedia lírica. Música del maestro Barrera.

La cabecera del Rastro o *Crimen y castigo.*—Melodrama en cinco actos y en prosa.

Precio: 3,75 pesetas